

CRISTIANDAD

Año XXVII - NUMERO 491

BARCELONA

ENERO 1972

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

FIDELIDAD

Carlos Mas de Xaxars

MAITINES DE GALILEA

B. Guasp, Pb.

ESCLARECIMIENTOS DEL REINO DE CRISTO.

LECCIONES DE HISTORIA

Juan Antonio Segarra, S. I.

ISAIAS, cap. 60

III - LA SECULARIZACION

Roberto Cayuela, S. I.

IN MEMORIAM - EL DOCTOR D. GREGORIO MODREGO CASAUS, PRIMER ARZOBISPO DE BARCELONA

POR QUE CREO EN LA PROVIDENCIA

Fr. Antonio de Lugo O. S. H.

AL MEDIO SIGLO, 1917 EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA. LOS DARDANELOS. LA LUCHA EN EL MAR. COMIENZA 1916. XXX

Luis Creus Vidal

ADMINISTRACIÓN: Princesa, 21-(3)
Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

RETEN LO QUE TIENES, NO SEA QUE OTRO SE LLEVE TU CORONA (Apoc. 3,11)

FIDELIDAD

CRISTIANDAD se fundó con un objetivo muy concreto y principal: la defensa y propagación del Reinado Social de Jesucristo. Para este fin se fijó desde un principio una línea de combate que tenía dos frentes principales: el liberalismo y el naturalismo.

Los fundadores de esta revista entendían proponer a sus lectores un ideal fundado en la más sólida doctrina y segura esperanza. La Sagrada Escritura, la tradición patrística, las revelaciones del Corazón de Jesús a Santa Margarita María, la doctrina del P. Ramière, fundador del Apostolado de la Oración y precursor de los Papas de los siglos XIX y XX son las fuentes donde bebieron aquella doctrina y alimentaron su esperanza.

CRISTIANDAD salió, pues, a la calle para llenar un vacío, el vacío causado por los trascendentalismos y encarnacionismos (1), doctrinas hijas del liberalismo y naturalismo que o niegan a la religión toda vigencia fuera del ámbito privado o so capa de compromiso religioso proponen al hombre como única tarea válida la transformación de este mundo en un paraíso. La "síntesis de religión y vida" y la primacía de lo sobrenatural venían siendo olvidados por la corriente católico-liberal dando fuerza el error contrario: la asimilación o identificación de lo sobrenatural a lo natural y del amor de Dios al amor del hombre.

La "conciliación de los contrarios" no tardó en llegar, ofreciéndose al cristiano un programa de compromiso evangélico para la "salvación" del mundo, de la que estaba ausente toda referencia a lo sobrenatural y escatológico. En este nivel la "comunidad" con los demás hombres de cualquier condición o religión que sientan este ideal es no sólo posible sino obligada.

* * *

El clima creado en torno a la propaganda de la libertad religiosa hace que suenen a los oídos contemporáneos como frases sin sentido las afirmaciones de que "la religión católica es la única verdadera", de que "fuera de la Iglesia no hay salvación" o de que "equiparar la religión católica con las demás equivale a equiparar la verdad con el error".

(1) Cfr. "Sobre la actitud del cristiano ante lo temporal", por F. Canals, CRISTIANDAD, núm. 356.

Si estos conceptos no fuesen ya verdaderos CRISTIANDAD habría perdido su razón de ser como parecen haberla perdido tantas publicaciones que recibimos en nuestros intercambios y hemos visto cambiar de orientación y norte con el compás de los tiempos, ya manteniendo el mismo nombre ya modificándolo y esto a veces en un proceso gradual, como vergonzoso.

Habría perdido su razón de ser porque no sólo no tendría sentido sino que no sería legítimo esperar un mundo en el que el reconocimiento de la necesaria vigencia de los principios cristianos en todos los ámbitos de la vida pública sería el primer e imprescindible acto de justicia de la humanidad para con Dios que fundamentaría como redundancia la justicia y la paz entre los hombres.

Si estos últimos bienes no son vistos como un don divino, sino únicamente como el fruto del esfuerzo realizado por unos hombres de los cuales Cristo sería uno más en la larga cadena que va de Buda y Confucio a los "proféticos" de nuestros días, CRISTIANDAD llevaría veintisiete años equivocándose al acusar a esta actitud de soberbia disfrazada y por proclamar que tales bienes nos han de llegar por la devoción a los Corazones de Jesús y de María.

* * *

Si alguna lección se desprende con claridad del Antiguo Testamento es la Providencia de Dios sobre el pueblo de Israel, providencia que lo premia o castiga según su fidelidad del momento. Todo bien de Israel es dádiva de Jahwé. Toda calamidad es castigo por su infidelidad. La tradición cristiana ha visto siempre así la historia. Muy recientemente nos lo reafirmaba la vidente de Fátima, Jacinta, al decir: "las guerras son castigos de Dios".

Por otra parte desde el Génesis hasta los escritos de San Juan se afirma hasta la saciedad la obligación del hombre de dar culto a Dios y no cualquiera, sino el verdadero, que por tal, es único. Así "el que divide a Cristo, es anticristo" y así no hay "sano" pluralismo que valga ante la actitud de nuestro Dios que si "no hay Dios que esté tan cerca de los hombres" (Cfr. Deuter IV, 7) tampoco lo hay tan "celoso". Celos, castigo, promesa de bienes, expresan estas líneas del salmo 80:

Oye, pueblo mío, y te haré advertencia:
¡Israel, si quisieras escucharme!

No habrá junto a ti ningún dios extraño
y no adorarás a dios extranjero.

Yo soy Jahwé. tu Dios que te subí de la tierra de Egipto,
dilata tu boca y yo la henchiré.

Mas no escuchó mi pueblo la voz mía,
y nada quiso conmigo Israel.

Así pues, entreguéle a la pertinacia de su corazón,
que camine según sus designios.

¡Ojalá mi pueblo me hubiera escuchado,
Israel mis caminos siguiese!

Yo a sus enemigos pronto humillaría
y contra sus rivales volvería mi mano.

Yo le mantendría con la flor de trigo
y con miel de la roca le saciara.

Y en Deuter. 6,4 el primer mandamiento: “Escucha Israel: Jahwé, nuestro Dios, Jahwé es uno. Amarás, pues, a Jahwé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Y estas palabras que hoy te ordeno estarán grabadas sobre tu corazón”.

El ideal de un mundo en el que Dios primero sea amado y sus mandatos obedecidos y en el que, por tanto, se cumpla el deseo de Cristo: “Que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti” exige, pues, unidad en la fe. Cuando ésta está en crisis, pero sigue el afán de unidad, se puede caer en la tentación de buscarla en otro nivel, nivel ya humano forzosamente y que, por tanto, está condenado al fracaso.

* * *

El filósofo Saint Simon afirmó que el único mandamiento válido es el segundo: amar al prójimo; pues el primero, amar a Dios, se lo inventaron los sacerdotes y debe por tanto ser olvidado. Lo único legítimo es el amor a la Humanidad. Sino con tanta estridencia pero con el mismo resultado, desde la orilla cristiana oímos decir algo análogo apoyado ¿por qué no? en San Juan. “Amar a Dios es amar a los hombres.”

El criterio para saber si amamos a Dios, es, pues, saber si amamos a los hombres, pues a Aquel no le vemos y a éstos sí. Hasta aquí San Juan. Queda una pregunta por hacerse. ¿Quién ama a los hombres? El que busca su bien. Y más le amará quien persiga su máximo bien. ¿Y cuál es el máximo bien del hombre? Con la respuesta a esta pregunta llegamos al punto crucial. Si es Dios se cierra un círculo Dios-Hombre-Dios, en el que Dios es la causa de nuestro amor a los hombres y nuestro amor a los hombres es ponerlos en camino hacia Dios. Los demás bienes legítimos son siempre subordinados y el ofrecimiento de este Bien supremo al hombre no admite dilación ni está subordinado a la posesión de ningún otro.

Pero ahí está la raíz de los males de nuestro tiempo. Se cree que la Caridad es única y exclusivamente horizontal, servicio y entrega al prójimo olvidando precisamente que todo esto es nada sin CARIDAD (Cfr. I Cor. XIII, 1-3), o sea amor al Dios personal y Trino que habita en nosotros por la gracia.

* * *

La falta de vivencia de estas verdades hace ver entonces como una doctrina “temporal”, es decir, válida sólo para un momento dado, la esperanza del Reino de Cristo. Permite también tranquilizar muchas conciencias ante el pavoroso panorama de la pérdida de la Fe por la falta de predicación —en contraposición a la tremenda actividad de algunas sectas— y por la degradación moral de las costumbres. Permite incluso dormir plácidamente ante la tragedia de un mundo próximo-futuro sin sacerdotes, religiosos y religiosas porque previamente se han vaciado de contenido las vocaciones de “entrega a Dios”, si no se ha vaciado de contenido la noción misma de Dios.

Eso explica también por qué CRISTIANDAD se siente en la necesidad de gritar en cada número cuál es su esperanza y en qué se funda para que sabiendo lo que tiene, lo retenga y no se lleve otro su corona y por qué nuestras páginas se sensibilizan más hacia los temas de la Fe y la Esperanza para que así se alimente nuestra Caridad.

CARLOS MAS DE XAXARS

EL SEÑOR CONOCE LOS CAMINOS DE LA DERECHA

Del comentario de Cornelio Alapide

“NO TE DESVIÉS NI A LA DERECHA NI A LA IZQUIERDA, APARTA TU PIE
DE LO MALO” (Prov. 4, 27)

El sentido literal es claro. Dirige tus pasos por la regla de la recta razón, de la ley y voluntad divinas, para que mediante ella no te desvíes a ningún lado, ni a la derecha ni a la izquierda, según aquello de Isaías, XXX, 21: “Este es el camino, caminad por él y no os desviéis ni a la derecha ni a la izquierda”.

San Agustín, en Deuterón. quaest. XLVIII, y otros, toman simbólicamente por derecha lo prós-

pero y por izquierda lo adverso. Bayno toma por derecha los amigos y por izquierda los enemigos. Olimpodoro por derecha entiende el honor y la gloria, por izquierda la cruz y la ignominia.

San Agustín en Lib. II De Peccat. mer. capítulo 35: “No te apartes, dice, hacia la derecha con soberbia presunción de justicia ni a la izquierda con tranquila delectación del pecado”.

EL SEÑOR CONOCE LOS CAMINOS QUE ESTÁN A LA DERECHA; PERVERSOS
SON LOS QUE ESTÁN A LA IZQUIERDA (Prov. 4, 27)

Este versículo no está en hebreo, ni en caldeo, ni en la Complutense o Regia Latina, ni en Cayetano, ni en algunos manuscritos antiguos; está, sin embargo, en los Setenta de donde lo toma nuestro texto. De los Setenta lo leen S. Gregorio Nacienceno, S. Jerónimo, S. Agustín, S. Cipriano, Beda. Juzgan precipitadamente Lirano y Cayetano al pensar que procede de una glosa añadida al texto por algún copista.

Nota: La derecha significa lo bueno y feliz, la izquierda lo malo e infeliz (...) porque los antiguos al juzgar de las cosas morales colocaban a la derecha las virtudes y los virtuosos y a la izquierda los vicios y los viciosos.

El sentido es, pues, que los caminos que están a la derecha, las acciones buenas, laudables y felices por las que estaremos a la derecha de Cristo el día del juicio entre los elegidos y bienaventurados, el Señor los “conoce”, esto es, los aprueba, ama, promueve y bendice. Odia, destruye y castiga, en cambio, los que están a la izquierda, malos, viciosos y también infelices por los cuales los impíos serán colocados en el día del juicio

a la izquierda de Cristo entre los réprobos y condenados. Concuerta esto con S. Agustín (quaest. XLVIII in Deuter.) donde entiende por caminos de la derecha los celestiales y por caminos de la izquierda los terrenos.

* * *

En verdad la dificultad está en el nexo de los dos textos; parece que exista contradicción y que el segundo se oponga al primero. ¿De qué modo concuerda *no te desvíes a la derecha* con lo que sigue: “el Señor conoce —esto es, aprueba— los caminos que están a la derecha”? Si los aprueba no deben ser rechazados sino seguidos y amados.

San Agustín en la epístola 47 a Valentino, de ahí prueba la necesidad de la gracia y del libre albedrío: “porque si no tuviésemos libre albedrío no se diría: camino recto haz con tus pies y endereza tus caminos; no te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda (Prov. 4, 26-27). Y también si se pudiese hacer esto sin la gracia de Dios no diría después: Él hará rectos tus caminos y guiará tus rutas en la paz. Y ¿cómo debe enten-

derse que el Señor conoce los caminos que están a la derecha? Él mismo hizo estos caminos, pues (como dice el Apóstol) el Señor ciertamente preparó los caminos de los justos para que en ellos caminemos. Y no conoce, en cambio, los caminos perversos de la izquierda, esto es los caminos de los impíos, porque no los hizo Él para el hombre, sino el hombre para sí mismo. Por lo que dijo: "Odié los perversos caminos de los malos que están a la izquierda".

Se objeta entonces a sí mismo S. Agustín: "Se dice no te inclines ni a la derecha ni a la izquierda cuando más bien parece que se debería decir toma la derecha y no te inclines a la izquierda". Y responde que "se inclina a la derecha quien quiere atribuirse a sí mismo y no a Dios la buena obra que pertenece a los caminos de la derecha. Hacia la izquierda se inclina quien atribuye todas las cosas a la gracia y nada al libre albedrío diciendo: "Hagamos el mal para que nos venga el Bien (Cf. Rom. III, 8). No defendáis el libre albedrío de modo que la buena obra se haga sin la gracia ni defendáis la gracia de modo que, con seguridad presuntuosa de ella, améis las malas obras". Y también en Lib. II De peccat. merit. et. remiss. cap. 35, dice el santo: "Inclinarse a la derecha es engañarse a sí mismo diciendo que se está sin pecado; inclinarse a la izquierda es entregarse impunemente a los pecados por una perversa y depravada seguridad. El

Señor (Cristo) conoce los caminos que están a la derecha y Él únicamente no tiene pecado y puede destruir nuestros pecados. Son perversos los que están a la izquierda por la amistad con el pecado".

Agudamente explica S. Gregorio Nacianceno en Orat. 26: "No te desvíes a la derecha ni a la izquierda para que no caigas en el mal, esto es, en el pecado. Aunque por otra parte lo que está por su naturaleza a la derecha lo alaba con estas palabras: El Señor conoce los caminos de la derecha; los de la izquierda son malos. ¿Por qué quien alaba la derecha un poco antes parece que nos previene después de ella? Habla por cierto de lo que tiene apariencia de derecha pero que no es tal. Considerando otro lugar dice: No seas demasiado justo ni demasiado sabio (Eccle. cap. 7, 16). Igual detrimento dan a la justicia y a la sabiduría el exceso en la acción como el ímpetu del alma en el hablar, apartándose del bien y la virtud por causa del exceso. El defecto y el exceso, la adición y la sustracción debilitan igualmente la norma. Nadie sea, pues, más sabio de lo conveniente, ni más riguroso que la ley, ni más luminoso que la luz, ni más recto que la norma, ni más sublime que el precepto de Dios. Y esto ¿de qué manera lo conseguiremos? Si procuramos ser modestos, seguimos las normas de la razón, comprobamos las leyes de la naturaleza y no rehuimos el orden y la disciplina" (1).

EL MODERNISMO ESTA DE ACTUALIDAD

... Así es, hijos queridísimos; al afirmar estas cosas, nuestra doctrina se desprende de errores que han circulado y todavía afloran en la cultura de nuestra época y que podría arruinar totalmente nuestra concepción cristiana de la vida y de la historia. El modernismo representó la expresión característica de estos errores, y bajo otros nombres todavía está de actualidad. Entonces podremos comprender porqué la Iglesia católica, ayer y hoy, atribuye tanta importancia a la rigurosa conservación de la revelación auténtica, y la considera como tesoro inviolable, y tiene una conciencia tan severa de su deber fundamental de difundir y de transmitir en términos inequívocos la doctrina de la fe; la ortodoxia constituye su máxima preocupación; el magisterio pastoral su función primaria y providencial; la enseñanza apostólica fija, en efecto, las reglas de su predicación; y la consigna del Apóstol Pablo: «Depositum custodi» (I, *Tim.*, 6, 20; II *Tim.*, 1, 14), constituye para ella un compromiso tal que violarlo sería una traición.

(Paulo VI, 19-1-72)

MATINES DE GALILEA *

Galilea mallorquina
—vaga una tendror de bel—
anit tota se illumina
fent-li l'ullet cada estel.

Sa contrada encimbellada,
presa de desvetlament,
va a reviure, altra vegada,
son Nadal tan suggerent.

Desembre es fa primavera
quan el vint-i-cinc desclou;
la Flor brota i, ple d'espera,
el món de goig se commou.

Nadal té sempre resposta
pel qui de Déu sent enyor
i és, amb ànima disposta,
recte i humil amb senzillor.

Els cotxes se multipliquen
dels esterns que arriben ja,
i les campanes repiquen
que un Jubileu semblarà.

Per camins de la muntanya
xics i xiques, de pastors,
compareixen en companya
de flabiols i tambors.

Va davant la xeremia,
que aquí no pot faltar mai,
i és grata l'algaravia
amb coets creuant l'espai.

Prest, al temple, la Sibila
—rústic atlot camperol—
sobre el "Judici" refila
amb accents de rossinyol.

A l'altar, novell pessebre,
Jesús, a Batlem nascut,
es fa present: qui el vol rebre,
combrega el Pa de salut.

D'arpegis l'orgue fa gala
—temple i chor plens com un ou—
i el públic rep un frec d'ala,
ala de *vou-veri-vou*.

Mentre la Missa he cantada,
tot degustant son encís,
fluixejava ma tonada
com si la veu me fugís.

Per més que la vida mia
tenga ombretes de ponent,
he copsat la poesia
d'un moment i altre moment.

Poesia muntanyana,
d'un encanteri suau,
que lleument vos encomana
la dolcesa de la pau;

cosa de pau betlemita
puis que, elevant l'esperit,
a lloar al bon Déu concita
per sobre l'humà delit.

Galilea mallorquina...
Perquè encar fos més divina
la nit de l'Emmanuel,
no tregué ni una boirina
la volta blava del cel,
volta de seda llustrina
amb l'amor de cada estel.

1971

* En la "Balearis Major" una de las aldeas pintorescas es la denominada GALILEA, de casitas desperdigadas en una abierta estribación de la imponente sierra mallorquina.

B. GUASP, Pr.

LECCIONES DE HISTORIA

Este trabajo fue escrito por el P. Juan Antonio Segarra, S. I., como comentario histórico a la meditación del Reino de Cristo de los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio de Loyola. La fecha de su composición, año 1944, supone simplemente la falta de actualidad en los análisis que, sólo llegan hasta esta fecha; esta falta de actualidad resulta secundaria y sin importancia ante el claro panorama histórico que el P. Segarra nos descubre en la línea de aquello que decía el P. Orlandis a los celadores del Apostolado: "para formar celadores hubimos de estudiar Historia..." Esta historia iluminada por la visión del Reinado de Cristo es la que a nosotros nos interesa y este trabajo nos ofrece.

DE ADAN A JESUCRISTO

Dios N. S. hizo el primer hombre y la primera mujer e instituyó directa, inmediata y, como si dijéramos, personalmente la sociedad natural del matrimonio. Creados en gracia, cayeron de ella por el pecado original que, al mismo tiempo, les privó los privilegios preternaturales para ellos y su descendencia.

Connaturalmente al desarrollo del género humano por la procreación la jefatura era de los cabezas de familia con una preeminencia de los antecesores hasta el que era tronco y cabeza de todos; preeminencia que en el primer tiempo no era de mero honor por el hecho de la antigüedad sino de verdadera y legítima autoridad por el origen. Una vez desaparecido el tronco común, quedaban las varias ramas, según los hijos de Adán, y de suyo había de suceder en la preeminencia el más antiguo de los hijos, pero no ya por origen para los que no descendían de él, sino por el mero hecho de la mayor antigüedad, lazo muy insuficiente de no añadirsele la designación por el difunto, y la aceptación por los supervivientes.

Pronto la diversidad de dotes hubo de hacer notar ineptitud en alguno de los jefes y la habilidad de otros. Diversidad de dotes verdadera que podría ser razón práctica que superase la autoridad que provenía de la designación por el difunto jefe. Es decir: que podía parecer tanta la ineptitud de su jefe y tanta la prestancia de otro, que forzosamente hubiese de predominar la que podríamos llamar designación por las cualidades sobre la otra. Pero aun cuando no mediasen verdaderamente esas cualidades buenas o malas, podrá parecérselo a unos o a otros, y en consecuencia aflojarse unos lazos y crearse otros. Pudo encontrarse

naturalmente una solución para resolver el problema de la ineptitud del jefe, y quizá se encontró y puso en práctica primero en el ámbito meramente familiar (quitándole la responsabilidad al inepto y dándosela al hijo mayor o al más apto) y después o al mismo tiempo o tras muchas peleas aplicaron el mismo método para resolver la crisis del jefe social.

Esta es la derivación espontánea de la autoridad, paternal por consiguiente de suyo y única en su fuente, innecesaria de ordinario en el interior de las familias ya constituidas, necesaria para superar las relaciones primero paternas, después interfamiliares, tanto más universal cuanto se multiplicaban las ramas inferiores, todas ellas debidamente subordinadas. Para cada familia su dependencia de la familia anterior era para suplir sus deficiencias y para regular sus mutuas relaciones. Por este natural conducto de la multiplicación de familias ya se entablaban poco a poco relaciones y cruces entre ramas alejadas. Y ciertos hallazgos y habilidades y ciertas apropiaciones, connaturales al ser humano creaban nuevas relaciones de dependencia (comercio, industria incipiente, servicios prestados, etc.). A mayor alejamiento de las ramas se debilitaba el amor familiar y, si antes podían surgir peleas entre hermanos (Caín y Abel) y entre familias, ahora ya brotaban más fácilmente entre ramas tan distantes. Era un embrión de las guerras. Que podrán ser justas tanto en defensa como en ataque (castigo). Así habrán de surgir jefes hábiles para mejorar en bienestar y riquezas y para llegar a la victoria.

Era natural que privasen los que habían demostrado cualidades brillantes y que las familias se agru-

pasen parte por afinidad, parte por gratitud, parte por sometimiento (militar, comercial, etc.) bajo el mando de alguien, cuya excelencia venía a suplir ventajosamente la mera derivación paternal substituyéndola por una paternalidad moral y una protección y ayuda eficaz.

¿Es ésta la historia verdadera? Fundamental e idealmente, sí; real y efectivamente fue como fue; que, conociendo la naturaleza humana frágil de suyo y ahora caída, debió ser una resultante para cada caso de las múltiples fuerzas que actuaban, predominando las pasionales; de una parte la rebeldía, justa o injusta, de otra los abusos y despotismos, de todas partes la soberbia, la ambición, la avaricia, etc., y planeando por encima y no muy escuchada entre tanto estúpido la recta razón y la tradición honesta, no del todo en todos ofuscada.

Así andaba (y sigue caminando) la humanidad, dando bandazos y con sus mismas exageraciones a un lado y a otro demostrando que existe una norma fundamental cuyo olvido trae tantos males.

La Sagrada Escritura, nombrando a los Patriarcas, nos da la sensación de lo que debía haber sido en cuanto a la autoridad el desarrollo de la sociedad humana.

Los jefes naturales eran al mismo tiempo los jefes religiosos: de la familia el padre, y así ascendiendo hasta el jefe más universal.

No de otra manera fue en el pueblo elegido desde Abraham hasta Aarón, con cuya designación terminó la unión de la jefatura social y de la religiosa, quedando ésta vinculada a la tribu de Leví y a la familia de Aarón.

En los otros pueblos hay ejemplos de todo...

Bien podemos decir que con tanta frecuencia los jefes sociales acapararon lo religioso, como los jefes religiosos acapararon lo social. Es consecuencia fatal de la ambición humana. No mediando intervención divina especial, se comprende que, fuera del pueblo elegido, hubiese unidad de jefatura para lo social y lo religioso. Hasta es más natural que la separación de poderes. Pero tampoco hay inconvenientes en esta separación, que sería delegada. Es una tontería hablar de tiranía de conciencias. Todo lo que sea abuso está mal; pero el abuso no prueba que no existiese, sino, a lo más, que se ha extinguido el derecho, precisamente por el abuso. Si no se había manifestado la voluntad de Dios respecto al culto que quería, éste era libre en lo personal y familiar, pero no en lo social que caía bajo la jurisdicción del jefe legítimo. Y en este sentido es verdadero el dicho, tan mal entendido y peor aplicado una vez promulgado el verdadero cul-

to: "cujus regio ejus religio", es decir, que los súbditos han de tener en público el culto que ordenan sus jefes naturales.

Nótese bien que esta natural autoridad del jefe legítimo *no era ni es propiamente teocracia*, sino a lo más indirectamente por cuanto la jefatura se haya constituido legítimamente y por lo tanto proviene de Dios mediatamente como autor de la naturaleza humana que natural y espontáneamente se asocia y de esa asociación brota como cualidad resultante primaria que luego se localiza.

TEOCRACIA

Teocracia propiamente se habría de llamar aquel régimen de un pueblo o sociedad en que Dios N. S. se reserva toda la gobernación en todos los órdenes de una manera inmediata y la delega *sensiblemente* (con señales ineludibles y bien perceptibles) en quienes quiere delegarla, cuando quiere y con los límites que tiene a bien. Así en el pueblo de Israel hasta que quisieron tener rey como los demás pueblos de alrededor, despreciando el gobierno divino o teocracia mediante los jueces señalados por el Señor, el último de los cuales fue el profeta Samuel. Léase a este propósito en la Sagrada Escritura el instructivo pasaje (I Reg., 8). No era precisamente el gobierno del culto divino en Israel lo que lo definía como teocracia, sino el gobierno de todo lo demás, en lo civil, en lo militar, en todo... El culto divino era regido desde Aarón por su familia y la tribu de los levitas, aunque se valía el Señor de profetas para comunicarse a veces con su pueblo aún en lo religioso, prescindiendo del sacerdocio. Pero lo característico de la teocracia es el gobierno divino de todo lo otro. Había, pues, separación entre el sacerdocio, encargado del culto por elección divina mediata (por pertenecer a la tribu y familia elegida por Dios), y el gobierno del pueblo en lo temporal; y este gobierno era teocrático, porque lo delegaba el Señor y lo ejercían los elegidos en nombre de Dios.

MONARQUÍA TEOCRÁTICA, O EL DERECHO DIVINO

Se perdió en Israel la teocracia o gobierno divino y se quiso *monarquía* un jefe en quien residiera todo el poder que no se refería propiamente a lo religioso, es decir, todo el poder temporal directamente ordenado a la consecución de los fines temporales propios de

una sociedad humana, excluyendo desde luego todo lo estrictamente religioso, que había de estar vinculado a los levitas y sacerdotes. Como la designación del rey la hizo Dios N. S. en Saúl primero (I Reg., 9 s.) y luego en David (I Reg., 16) y fue con el rito de la unción con el aceite sagrado como se consagraban los legítimos herederos del trono de Judá. Así como había señalado la tribu de Leví la familia de Aarón para el culto divino, así ahora señaló primero la familia de Saúl, que repudió, y luego la de David para el gobierno de su pueblo escogido.

Respetó el Señor la libertad de su pueblo para aceptar o rechazar su gobierno o teocracia, y señaló la familia en que por legítima herencia se sucederían los reyes. Esa designación primera y su rito quedaron como señales sensibles de que... todo poder viene de Dios y en particular el gobierno de su pueblo elegido. La legitimidad en aquella monarquía era de derecho divino. Los legítimos reyes eran reyes de derecho divino, no sólo en el sentido último de que todo poder viene de Dios (Rom., 19, 1), sino por la especial intervención divina en señalar la familia real en el reino de Israel separado, los reyes que podríamos llamar ocasionales. Así, pues, por lo menos la *monarquía davidica* podía con toda justicia llamarse de *derecho divino*, pero no ya teocracia. Y este ideal subsiste hasta la venida de Jesu-Cristo en el corazón y en el ánimo de los judíos, a pesar de tantas vicisitudes y de que ya no se sienta en el trono ningún descendiente de David.

PRIMER PASO: EL LAICISMO O LIBERALISMO DE LOS GOBIERNOS

Nos atreveríamos a decir que el paso de la teocracia a la monarquía, aunque de derecho divino y dependiente en su iniciación de la unción sacerdotal, simbólico acto para denotar que era Israel todavía el pueblo de Dios, cuidado materialmente por Dios y educado a través de los tiempos, fue *el primer paso hacia el laicismo* o liberalismo de los gobiernos. Fue orientar el gobierno de los pueblos no directamente contra Dios, pero sí de cara a lo temporal prescindiendo de Dios implícitamente; porque no es suficiente para gobernar según Dios el gobierno atendiendo sólo a la naturaleza de los seres en sus mutuas relaciones, puesto que todos los seres creados guardan relación estricta con Dios de plena sumisión a su voluntad divina, y ésta no se concreta siempre puramente en las leyes naturales al intervenir, como interviene el hombre. Mientras realmente la Voluntad divina esté plenamente contenida en el juego de las

leyes naturales (si es que esto puede ser), el gobierno que se guíe sin atender más que a ese juego gobierna *de hecho* según la Voluntad de Dios pero no *de derecho*; no es malo, pero no es tan bueno como tiene obligación de ser como creatura, entidad, etc., que es; no hace mal, pero no hace todo el bien que debería. ¡Y aún veríamos si no hace mal! Porque malo es no atender positivamente a la Voluntad divina, teniendo, como tiene, obligación de atender. No será grave, ni quizá levemente pecaminoso, pero sí imperfecto. Y es más peligrosa una imperfección en el gobierno que un pecado meramente personal y privado.

CORRUPCIÓN DEL SENTIDO DE LA PROMESA

Si con la teocracia podía haber abusos, los inherentes a la fragilidad humana, con la monarquía habían de ser, como lo fueron, mucho mayores, más frecuentes y de más trascendencia. ¿No sería por esto por lo que Dios consintió que la familia real de David perdiese el trono material? La promesa divina se cumplirá en un sentido más profundo. El trono de David se esfumaba por lo que tenía de humano, y se aseguraba por lo que tenía de divino para toda la eternidad. Al corromperse la noción del mecanismo y reino de Dios convirtiéndola en una noción naturalista del reino, que sería simplemente el predominio de Israel sobre todo el mundo en los bienes terrenos, gobernado eso sí, por un descendiente de David, Dios N. S. dejó a su pueblo a merced de aquella ideología y de aquellas esperanzas y planes naturalistas, reservándose el pleno cumplimiento de su promesa primero en un sentido puramente espiritual, cuya plenitud llevaría consigo el verdadero complemento terreno de aquel reino prometido también pero condicionalmente a la Promesa. Entra en la economía de la educación espiritual de Israel en la Promesa que pierdan todos los apoyos humanos, y queden sin heredero de David en el trono. Cuando se proclama Jesús de David, heredero legítimo del trono (propia y estrictamente el titular verdadero del trono de Israel y de las naciones), los judíos se encontrarán frente a un descendiente de David (se conocían bien las genealogías) pero sin trono, y lo que es más, rechazando el trono que se le ofrecía (en oposición con las ideas predominantes sobre la Promesa).

¿Qué habría sucedido si los sucesivos herederos del trono hubiesen gobernado rectamente según el corazón de Dios?... ¿Se ha pensado alguna vez en esta hipótesis?... De hecho no gobernaron la mayoría, ya desde Salomón, según la Voluntad de Dios. La fe en

la Promesa había de hacer comprender el sentido primordialmente espiritual que tenía y complementaria y consecutivamente terreno, es decir, político, social, económico, militar, etc. Los que aprendieron la lección, menos los que se ensoberbecieron nacionalísticamente, comprendieron que en Jesús se verificaba la Promesa y creyeron en su mesianismo y divinidad.

LA MONARQUÍA CONTRA EL PUEBLO

Hay en el pueblo de Israel la primera corruptela de la legitimidad. En la teocracia la legitimidad era por señalamiento divino inmediato, por decirlo así, y directo. En la monarquía de derecho divino era por señalamiento divino mediato y en cierta manera indirecto. El pueblo repudió la teocracia. La monarquía abusó del pueblo y se rebeló contra Dios. Dios escindió la monarquía y el pueblo con sólo dejarlos al libre juego de sus pasiones; y quedó una ínfima parte de Israel, siguiendo la legítima casa de David, y otra gran mayoría siguiendo Casas tronchadas repetidamente, cuyos iniciadores y eventuales herederos no siempre eran designados por Dios. Así desaparece para la mayor parte de Israel la legitimidad davídica, instituida por Dios y, en este sentido, como declaramos, de derecho divino. Y por fin la misma Casa de David queda materialmente desposeída del trono, aunque moralmente, en el corazón de los que tienen fe en la Promesa, más o menos naturalizada, siga siendo la legítima.

PROBLEMAS QUE SURGEN PARA DESIGNAR LA LEGITIMIDAD

El concepto de legitimidad queda prácticamente desorientado de la designación divina especial para quedarse en una legitimidad de mera y efectiva detentación del poder real. Queda Israel prácticamente al nivel de los demás pueblos en cuanto a la designación de los que ejercen el poder. Ya no hay intervención inmediata para designar la persona como en la teocracia, ni la inmediata para iniciar la dinastía y la mediata para proseguir en el trono, ni escoge Dios las personas ni las familias. El poder material queda sujeto a los vaivenes de las opiniones prevalentes por mayoría o por imposición, etc., la legitimidad ya se discierne ahora teóricamente por el hecho de la tenencia del poder y el buen gobierno que la acompaña. Pero prácticamente nos encontramos ante todo con la gravísima dificultad de resolver si el hecho de tener

actualmente el poder fue de origen legítimo; y en el caso de origen legítimo, si la continuación mantiene la legitimidad, que es la que se llama legitimidad de ejercicio, o si se ha tornado ilegitimidad por el mal ejercicio del poder; y en el caso de ilegitimidad de origen, si con el buen gobierno y la permanencia se legitima. Todo lo cual supone criterios para discernir tanto la legitimidad de origen como la de ejercicio, la supervivencia de la de origen, la legitimación de la originariamente ilegítima, la ilegitimación de la que en su origen fue legítima.

Esos criterios aunque teóricamente y en abstracto se puedan definir según la recta razón y las exigencias de la naturaleza humana considerada adecuadamente, se forman de hecho con dependencia de las teorías que predominan en las inteligencias de una época, surgidas al conjunto de conveniencias, de ambiciones, de pretensiones, de excesos pasionales, de ofuscaciones, etc. etc. Y aún suponiendo —lo que es mucho suponer— que predominan criterios rectos, se pregunta uno cuántos son los hombres verdaderamente influyentes y capaces que los tienen y que... los apliquen bien.

Pero la dificultad radical, está en que, desvinculada la legitimidad de la designación divina inmediata o mediata, queda fatalmente propensa la humanidad a juzgarla verdadera por criterios meramente terrenos y naturalistas, simplemente porque se apoderó del gobierno con el fin de procurar el bien en aquel pueblo y de hecho lo ha procurado (legitimidad de origen y de ejercicio); y uno se pregunta: ¿no será fatal que este bien sea un bien puramente terreno sin mirar lo religioso? ¿la preferencia de los bienes terrenos sobre los espirituales no influirá en la elección y legitimación? ¿el temor de que lo espiritual prive sobre lo terreno no será una causa de rehuir como criterio el criterio pleno y adecuado?... Y ahora añadimos: si ha de ser difícil mantener criterios buenos en las personas de cultura y posición superior e influyente, en los hombres capacitados, no lo será infinitamente más en el vulgo, en la masa? Sobre todo cuando esa masa está trabajada por propagandas, por pasiones colectivas, por corrupción de costumbres.

Ya tenemos al poder público en Israel separado de la legitimidad por designación divina; ni es teocracia ni monarquía de derecho divino en el sentido estricto de intervención divina en la designación tanto de la persona como de la familia real, es decir tanto inmediata como mediata según se había visto en la historia de Israel.

El poder público en Israel está por lo menos como en los otros pueblos...

EVOLUCIÓN DEL PODER PÚBLICO. DIVERSOS MODOS DE PODER

¿Cómo está el poder público en todo el mundo? ¿Todo al mismo nivel? A merced prácticamente de las cualidades y pasiones, del predominio de ciertas fuerzas organizadas, de familias poderosas, de clases y conventículos, de aventureros afortunados, de hombres decididos y honestos unas veces y otras de hombres criminales y audaces. Como se corrompió la religión, se pudrió todo lo demás; y hubo esclavitud, y hubo servilismo, y hubo tiranías, y hubo revoluciones, y hubo monarquías despóticas y monarquías de nombre, monarquías hereditarias y monarquías electivas, y repúblicas autoritarias y repúblicas aristocráticas y democráticas, y gobiernos indefinibles de castas, de familias, de titulares temporales, de tiranos, de asambleas, etc. Hubo de todo, y partidarios de todo, de lo pasado como si fuese legítimo, de lo presente como si fuera lo mejor, de lo futuro bajo mil facetas distintas como si fuesen la panacea; y hubo luchas y guerras sangrientas en todas direcciones porque en la podredumbre surgen todas las gusaneras de opiniones y apasionamientos.

Tenemos un ejemplo de monarquía perfecta en Melquisedec (Gen., 14 18; cf. Ps., 109, 4; Heb., 5, 10; 7, 11-17), según se infiere de los textos sagrados aunque no nos digan su origen en el poder ni den otro dato alguno sobre su legitimidad. Pudo haber otros. Pudo haber personajes que mantuviesen en el radio de su influencia la posible rectitud natural después de la caída adámica. Este caso (y los que no repugna que hubiese en los primeros tiempos) es un caso de la junta de poderes para gobernar a los súbditos hasta en el culto, según vimos que debió ser naturalmente. Y ya dijimos que no era propiamente teocracia.

Dios se contentaba de los pueblos que seguían la que podríamos llamar religión adámica, cuyas manifestaciones públicas caían naturalmente bajo el gobierno de quienes legítimamente lo ejercían, como ya declaramos. Y en este sentido del culto externo —repetiremos— es verdadero el adagio “cujus regio ejus religio.” Y este gobierno no es teocrático porque la designación de personas y familias no exige intervención especial divina.

Dios no se complacería en los pueblos que habían dejado de reconocerle y se habían inventado otros dioses. Ni podía haber otro dios ni podía ser religión el culto de cualquier delirio idolátrico. Fuera de Dios y su culto privado y público admitido, no hay otro dios ni otra religión. Todo es falso, podredumbre, fic-

ción enfermiza, delirio, instrumento de dominación, halago de la animalidad... Llamar dios a las ficciones y mentiras, llamar religión a los cultos prodigados a tales falsedades, no es justo ni verdadero, ni conveniente en el fondo. Es una comodidad de lenguaje que acepta la misma Biblia; y por eso la aceptamos. Pero hay que ser racionales y sacar las verdaderas consecuencias, para que el lenguaje no nos arrastre. Así, pues, aunque admitamos que en muchos pueblos paganos hubo teocracia, ni es la primitiva e impropia pero régimen legítimo, ni de ninguna manera es la teocracia propiamente dicha. Había, sí, en muchos pueblos la unidad completa del poder en todos los órdenes; y en ese sentido y por abreviar el lenguaje suelen llamarse teocracias aquellos regímenes en que hasta lo (falsamente) religioso está en manos del que tiene el poder. Y en estos casos de falsas religiones no puede con justicia y verdad aplicarse lo de “cujus regio ejus religio”, sino que la religión no puede ser otra que la verdadera, según el estadio que se considere en el desarrollo de la revelación.

FALSA IDEA DE LA TEOCRACIA

Dios se agradaba en el pueblo de Israel si seguía la ley que le había propuesto como salvaguardia y tutoría de la Promesa (Gal., 3, 24 s; etc.); para eso lo había separado de los demás pueblos, dejados a la religión adámica, aunque podían optar por la de Israel si llegaban a tener conocimiento de ella. La religión de Israel no mataba, sino que perfilaba la adámica. El pueblo israelita pasó de teocrático a monárquico de derecho divino, según hemos visto. Y por fin quedó en colonia y sin régimen propio terreno.

Ya en este punto notemos en general que, no siendo el gobierno teocrático, se presenta en seguida desde el punto de vista religioso el problema de las relaciones entre el poder terreno y el sacerdotal.

Gente indocta ha creado una psicosis de pánico a la teocracia, que confunden con los casos en que, por lo que fuere, un sacerdote ha llegado a ejercer funciones de gobierno temporal, como Cisneros, etc., o todavía más el poder temporal de los Papas. Fácilmente se comprenderá por todo lo dicho que no es tal gobierno teocrático ni de mucho.

Gente no tan indocta, pero sí equivocada e imprudente, han pretendido que los gobiernos habían de estar en todo sometidos a la religión verdadera, de manera que los que tenían el poder religioso mandasen aún en lo temporal sobre los gobiernos. No se presenta siempre tan descarnado y patente este error, pero sí

hemos de confesar que se ocultan con frecuencia orientaciones que desembocarían en él a poco que se exagerasen. A estas orientaciones suele llamárselas teocráticas, con impropiedad por lo que hemos dicho. Hay que temer de esos impropios teocratismos, pero nada de la verdadera teocracia, ni tampoco del eventual gobierno de los sacerdotes. Habrá ocasión de hablar de esto.

VENIDA DE JESUCRISTO

Llegamos a la venida de Jesucristo...

Hijo de David y heredero legítimo del trono por su misma naturaleza humana, —Rey legítimo de toda la humanidad por la unión hipostática al Verbo, por las excelencias mismas de su humana naturaleza y por los méritos de su encarnación redentora—, se encuentra con las naciones (fuera de Israel) paganizadas y con Israel que ha perdido su autonomía y su gobierno y con un concepto corrompido del sentido de la Promesa o Reino de Dios por Israel. ¿Qué hará? Nada de lo que espontáneamente creen aún los más adictos. Comienza por dar ejemplo de vida plenamente conforme con las exigencias de ese Reino —respecto de una conciencia humana— para con Dios, para con las circunstancias político-sociales y económicas, para con su pueblo, para con la familia, para consigo mismo.

Como Dios se ha jurado a Sí mismo no forzar la libertad humana. Como hombre la respeta y actúa de manera que humana y libremente —con ayuda de la gracia, sin exhibiciones que coaccionen por lo menos moralmente— los que le oyen se persuadan, adquieran la verdadera noción del Reino y obren en consecuencia. ¡Podía haber hecho...! ¡cuántas cosas! aún sin violentar la libertad humana, estrictamente hablando. Nace virginalmente en una familia nobilísima, de estirpe real, pero humilde e insignificante en el juego de intereses económicos, sociales, militares, políticos; puede reconocerse su propia humana, pero esconde su filiación divina y su concepción y parto virginal durante treinta años, que los vive en un villorrio miserable como “artesano, hijo de artesano” (Mt., 13, 55; Mc., 6, 3) sin nada llamativo.

Inicia su apostolado mesiánico con una maravillosa sencillez y naturalidad, aun en el atractivo personal y oratorio y en los milagros que obra para confirmar la verdad de su doctrina. Cuando la gratitud enardece a las turbas y quieren proclamarlo Rey, se les sustrae (vgv. Mt., 21, 17). Por una parte su predicación es toda reconstructiva de la sumisión total del hombre a Dios, cuya coronación y fuerza interna es su encabe-

zamiento de la humanidad (Joh., 15, 1 s.) y su economía de la gracia, (Joh., 1, 16; Eph., 4, 7;...), poniendo así las bases firmes e inalterables del Reino de Dios que es como la más diminuta de las simientes (Mt., 13, 31, ss.; Mc., 4, 31 ss.), como la levadura en la masa (Lc., 13, 21); y por otra no sólo no acepta su proclamación real sino que corrige repetidamente el falso concepto de los doce (vgr. AA., 1, 6 s.) acerca del Reino, como declaró ante Pilatos que su Reino no le provenía de este mundo, sino de arriba (Joh., 18, 36).

Con plena razón puede decir que el Reino de Dios está dentro de cada uno de los hombres (Lc., 17, 21) porque el plan de Dios de respeto a la libertad creada exige que sea por conversión de cada uno. Ha respetado todos los poderes constituidos, por ilegítimos que fueran; no porque los creyese legítimos, sino porque su deposición hubiera exigido una actuación fulgurante que repugnaba con el plan que le había trazado el Padre y hubiese coaccionado las conciencias. ¿No hubiera procedido de otra manera si se hubiera encontrado heredero efectivo de un trono, cuyos poseedores hubieran sido fieles a Dios, y reinando sobre un pueblo que observaba celosamente la Ley y el verdadero concepto de la Promesa? Ahora el Reino de Dios no podrá atribuirse a ninguno de los artificios y poderes puramente terrenos. Se pondrán en contra de Cristo y de sus fieles miembros todos los poderes y las influencias... Verdaderamente el Reino de Dios y su Cristo no se funda ni proviene de aquí abajo, sino que viene de arriba, “no es comida ni bebida” (Rom., 14, 17) ni nada material sino que es de Dios, en Dios y para Dios, aunque constituido por hombres.

EXPANSIÓN DEL CRISTIANISMO

...Y van convirtiéndose hombres y más hombres con la gracia de Dios que se derrama por el Espíritu Santo al conjuro de la predicación apostólica, sencilla, ruda, humilde, testifical hasta la sangre, que eso son los *mártires*, testigos con su sangre. “Atended hermanos [quiénes forman la Iglesia de] vuestra vocación, [mirad a vuestro alrededor y veréis] que no sois muchos los sabios según la carne, no muchos los poderosos, no muchos los notables; sino que lo tonto según el mundo lo escogió Dios para confusión de los sabios, y lo débil del mundo eligió Dios para confusión de lo fuerte; y lo innominado y lo despreciable y lo que no es, lo eligió Dios para destrucción de lo que es; para que nadie se gloríe en su presencia” (I Cor., 1, 26 ss.). El pueblo menudo, la plebe, los esclavos, los desheredados de la fortuna, los socialmente into-

cables, esos son los que a montones entran en la casa del Padre (Lc., 14, 21 ss.) y cenan con Él. No faltan tampoco, pero lenta y espaciadamente, personajes influyentes en los diversos estratos sociales, hasta los más altos. Llegará a decir Tertuliano: "Somos de ayer y lo llenamos todo... sólo os hemos dejado vuestros templos".

Extendido por todas las capas sociales y acreditado el cristianismo viene un paso ya decisivo: primero la libertad y paz constantiniana; después el cristianismo de los emperadores y la cristianización de los organismos estatales; la abolición de las leyes opresoras del cristianismo y de los fautores de otros cultos; la promulgación de leyes favorables al cristianismo y contrarias a los otros cultos; la represión de todo culto público contrario al catolicismo, la unidad religiosa (Teodosio)...

Sería ingenuo desconocer las vicisitudes de este progreso, los adelantos y retrocesos, la imperfección de lo conseguido bajo el imperio de los romanos Césares. Pero no es menos ingenuo y desde luego supremamente ridículo o maligno sostener que no fue esa la línea progresiva... Y pudo haber y hubo excesos todos muy humanos y comprensibles. Desde el exceso de poner en manos del sacerdocio los bienes, hasta el de los sacerdotes abusando de esos bienes acumulados. Desde el someter y entregarle al sacerdocio los gobiernos hasta el abusar los sacerdotes de estos sobrepoderes y entorpecer la buena marcha temporal o la recta administración de lo espiritual. Y por eso las reacciones explicables del cesarismo y las investiduras, así como los despojos revolucionarios y la expulsión del poder. Donde quiera que interviene el hombre con su frágil libertad, asediada por tantos atractivos ha de esperarse la exageración en algún sentido y las posibles rebeldías. Pero no se demuestra la falsedad de la orientación por haber desviaciones.

Aquel fenómeno que se registra en las AA. (5) cuando los fieles realizaban sus bienes y entregaban el dinero a los Apóstoles; aquel otro que registra S. Pablo (2 Tes., 2) cuando cundió la especie de que se acercaba el fin del mundo y los cristianos se desentendían de negocios temporales; y otros parecidos concretos que hayan podido presentarse en el transcurso de los tiempos cristianos, tienen un lejano fundamento en la caducidad de esta vida y su finalidad eterna. Pero no se aplican con la misma medida a todos, porque así acabaría en seguida la humanidad convertida.

Lo que nos pide a todos Dios N. S. es aquello que se nos dice en san Pablo: "Esto, pues, os digo, hermanos: el tiempo [de nuestra vida] es breve; no

queda sino que los que tienen mujeres, procedan como si no las tuvieran; y los que lloran como si no llorasen; y los que gozan como si no gozasen; y los que compran como si nada poseyeran; y los que usan de este mundo como si no lo usasen; porque pasa deprisa la figura de este mundo" (1 Cor., 7, 29 ss.). Donde se ve claro por el primer término en que se afirma un derecho, una actuación, etc., que se realiza, que no se trata de no realizarlo, sino de realizarlo con el corazón independiente, con plena sumisión a las divinas exigencias, con pobreza de espíritu.

A algunos Dios N. S. les pide más. Ellos han de corresponder fielmente a esa pobreza y privación efectiva. No a todos pide que lo abandonen todo. Tomando las nociones en abstracto y metafísicamente, es tal lo eterno y tan nada lo temporal que se deduciría el desprecio efectivo de esto por aquello. Y así ha de ser si Dios lo quiere y en la medida y no más allá de lo que Dios quiere de cada uno de nosotros. El ejemplo de los elegidos mueve una santa envidia de imitarlos y... ser consecuentes con la fe y la razón que nos dicen que Dios es infinito, que somos de Él y vamos destinados a Él, y que todo lo de aquí no es nada y que Dios lo puede suplir ventajosamente. Pero la misma razón y la fe nos dictan que Dios es quién ha de manifestarnos su Voluntad y a ella hemos de atenernos; y desde el momento que hizo el mundo y la humanidad bajo estas condiciones es que normalmente quiere que nos acomodemos mientras no pugnen con su querer que puede ser algunas o muchas veces distinto.

EXCESOS DE UNA VERDADERA LÍNEA PROGRESIVA

Prescindiendo de pormenores concretos y mirando a grandes rasgos la historia desde el comienzo de la predicación apostólica, hay primero la conquista de los individuos y la penetración cada vez más íntima de la gracia en ellos; como resultante inmediata de la conquista de los individuos es la extensión de la multitud creyente por las diferentes capas sociales; la formación de un ambiente progresivamente favorable, no sin luchas, retrocesos, persecuciones, etc., para el catolicismo; la infiltración de las ideas cristianas en los juicios morales y sociales; la expansión y eclosión en disposiciones públicas, no sin forcejeo ni sin tribulaciones ni deficiencias; la paridad y libertad; la unidad...

Los que llamados por Dios, renuncian a todo y huyen del mundo, ayudan al Reino de Dios con su santidad de vida y entrega a la oración y penitencia.

Los que, llamados también por Dios, se quedan en sus puestos mientras son compatibles con la profesión cristiana, cooperan al Reino de Dios con tanta o más santidad y oración y penitencia, pero además, con la acción apostólica. Hay muchas vocaciones como hay muchas moradas en la casa del Padre (Joh., 14, 2) y así cada uno a lo que ha sido llamado (1 Cor., 7, 20).

No neguemos que es fácil perder interés por todo lo de aquí abajo, cuando se ha vislumbrado lo de allá arriba...

Tampoco neguemos que es fácil tener interés creciente por todo lo agradable de aquí abajo si viene demasiado a nuestras manos, cuando se ofusca la luz de lo de arriba.

Porque además el interesarse por lo de allá y desinteresarse de lo de aquí, como el desinteresarse de lo de allá e interesarse por lo de aquí, son realidades que están en función mutua.

Pudo haber, y aún diremos que hubo exceso en desprenderse de todo y desinteresarse y entregarlo en manos de la Iglesia con buen fin; pero esas manos —no hay que olvidarlo— eran manos de hombres.

Y así pudo haber —y también diremos que hubo— exceso en esas manos contraídas a veces por la avaricia, ineptas aunque ambiciosas para la administración, exigentes y soberbias.

Como hubo un proceso de acumulación de bienes terrenos en manos eclesiásticas, hubo un proceso más tardío pero no menos verdadero de influencia y dominio en la política. Así los eclesiásticos fueron excesivamente ricos, frustrando los piadosos fines de los donativos; y así los eclesiásticos abusaron a veces de la política, sirviéndose de ella no en bien del pueblo sino de su familia, no para el esplendor del Reino de Cristo sino para el de su casa y persona.

Lo que los que estaban obligados no supieron o no

quisieron hacer, permitió Dios que lo hicieran las pasiones humanas atizadas por propagandas, falsas en su ideología, veraces muchas veces en los datos acusadores. Dios ha conseguido permitiendo revoluciones, cismas, herejías y las anejas persecuciones y despojos la pobreza efectiva de la inmensa mayoría del clero y la expulsión de todo predominio político y estatal para ver de conseguir, que no se corrompa el concepto verdadero de su Reino por los abusos de sus afiliados...

Y ASÍ LLEGAMOS AL MOMENTO PRESENTE

El clero pobre; los gobiernos laicos; las relaciones internacionales laicas, ningún poder político en manos de la Iglesia... y los católicos más nacionales que supranacionales; y no nacionales en el sentido de procurar infiltrar catolicismo en el gobierno de su país propio, sino en el sentido de vivir sus prácticas católicas como en una esfera aparte que no tiene nada que ver con el gobierno, cuyas leyes no les preocupan mientras procuren el bien terreno y no se metan específicamente con la profesión piadosa católica.

¿Sé consumará el despojo de lo poco que queda? ¿El proceso de despolitización del clero exigirá la supresión algún día de nunciaturas por parte de la Santa Sede y de las embajadas por parte de los gobiernos, al desaparecer toda la pompa exterior al estilo de los magnates del mundo, la forzosa dispersión de las curias y cortesanas, la práctica personal del apostolado y régimen de las ovejas de Cristo? No lo sabemos ni podemos adivinarlo. Porque los caminos de Dios son inexcrutables. ¿Habrá de venir un estado como el descrito en las páginas apocalípticas de ciertos novelistas católicos?

LA CRISTIANDAD

Llegase o no el Imperio Romano en una u otra o en las dos ramas, la occidental y la bizantina, a la perfecta unidad católica, es lo cierto que fue en el llamado Sacro Imperio Romano de Occidente donde se llegó más cerca del ideal en tiempos de Carlomagno. No es menos cierto que ya para aquellos momentos institucionales y declaratorios de la "Cristiandad" asomaban excesos intromisorios del poder civil en la dirección de la Iglesia, orientaciones insensibles, más implícitas que teóricas y declaradas, cuya valoración se haría después y se concretaría en el llamado *cesa-*

ropapismo, del que nunca se vio libre Bizancio y en el que caía con frecuencia el Occidente sobre todo al escindir el Imperio en la rama primogénita y poseedora del título imperial y la causa que ya no cesó de intrigar para suplantarla.

Van siguiendo los Estados-cojinete entre las dos ramas, los que hoy llamaríamos ya Estados-satélites: Suiza, Franco Condado, Países Bajos, Luxemburgo, Saboya... Bizancio sucumbe bajo los agarenos y llegaban a amenazar seriamente el mundo occidental los árabes con la conquista de casi todas las riberas del

Mediterráneo y sus islas, parte de Italia y casi toda España. El Imperio Romano había caído previamente en manos de los bárbaros invasores del norte que se habían repartido las provincias romanas y habían constituido nacionalidades en España (con Portugal), Francia, Italia, etc. Religiosamente heréticas y corrompidas por Bizancio, poco a poco convertidas a la fe de Pedro y definidas casi siempre y calcadas en los límites de las antiguas provincias de Roma, así pasaban, no sin influjo de la geografía y la étnica indígena, a figurar como reinos y naciones nuevas.

En esta conversión de tribus invasoras afincadas en provincias romanas, la primera fue la de los Francos. Con la conversión de Clodoveo y es por esto por lo que Francia se ha llamado la "Hija primogénita de la Iglesia." Y sobrevino la de los godos en España con Recaredo, acelerada por la sangre de san Hermenegildo. Y la de los Longobardos al norte de Italia, y otras, ya no muchas ni de todas. El substrato de las gentes invadidas era prácticamente católico pero en decadencia de moral pública y adoleciendo de *cesarismo* como el de los actuales católicos en países que se perdieron por el protestantismo. Pero la invasión, si produjo defecciones, también galvanizó el sentimiento católico, quizá ayudado por un espíritu de oposición pasiva y resistencia interior y por el recuerdo del Imperio cuyas provincias habían sido.

LA IGLESIA ROMANA Y EL IMPERIO

La Iglesia Romana aparecía como la sucedánea del Imperio desaparecido y nostálgico. Las miradas de todos los católicos reunidos que fueron antes imperiales de Roma, despejados de la niebla del poder temporal romano, convergían hacia Pedro como poder espiritual también romano. La Iglesia, sin descuidar la masa dominada ni las tribus dominadoras, ya actuaba más directa y oficialmente, por así decirlo, sobre los gobernantes; y podemos ver que son los reyes los que deciden la conversión de sus pueblos, quizá movidos por el deseo de pacificar dominados y dominadores y de culturalizar a sus pueblos primitivos y de unificar las aspiraciones con la pretensión de servir más y mejor a Pedro, no sin vistas a la sucesión imperial, señuelo de las invasiones, atractivo de los católicos.

Hay el pugilato de quién es el mejor y más fiel servidor de la Iglesia; hay las pugnas internas de toda ambición de caudillaje... Pero en líneas generales hay una educación católica de pueblos y naciones. Con miserias añejas, desde luego, a la humana fragilidad y a las costumbres no aún plenamente disciplinadas.

Son tribus, al fin y al cabo, acostumbradas al caudillaje por el valor personal y la audacia que degenera muchas veces en traiciones e intrigas; y si añadimos la corrupción de costumbres que el hábito del mando infiltra fácilmente en los de arriba y la consiguiente flojedad en la moralidad pública y los malos ejemplos que imitan los de abajo, habían de sucumbir aquellos gobiernos a manos de un invasor poderoso y entusiasta y sus pueblos habían de pasar a la categoría de vencidos y dominados.

LA INVASIÓN MUSULMANA

Y así fue con la invasión musulmana... La marea se detuvo por Occidente en los campos Catalaúnicos por Carlos Martel, acaudillando a los francos marcando así los primeros alientos de la recuperación en España que se inicia por diversos focos bajo el signo católico antimahometano, defensor de la Iglesia Romana Católica por un lado y de la antigua nación goda convertida.

El amor propio y la ambición no pocas veces inspiraron la reunión bajo un mismo cetro de los diversos focos de resistencia, ya agrandados, y pretenciosamente denominados reinos, con vistas al acaparamiento. Las intrigas vagamente internacionales retuvieron mucho tiempo separado el Condado barcelonés y el Reino de Aragón y el de Valencia, que fue el último en unirse, cargado ya de historia, como juntó y separó repetidamente a León y Castilla, como separó definitivamente de la comunidad ibérica y mediterránea a Portugal... Por el oriente y por el Mediterráneo continuó la presión árabe forcejeando con alternativas de pérdidas y ganancias hasta muy entrado el siglo XIX aunque el punto de declive estuvo en Lepanto.

La Iglesia —no lo olvidemos— desde el primer vago el día de Pentecostés, está en marcha y tiene toda la vitalidad y fuerza interna de la gracia y de las gracias que con el Espíritu Santo le comunica su Cabeza y Corazón que es Cristo; y tiene toda la organización perfecta en principio aunque aparece al exterior según que en cada momento y coyuntura la necesita, tan exactamente y aún más que cualquier organismo viviente desde su concepción. La Iglesia como tal, es una sociedad perfecta más perfecta que la asociación vigente en cualquier organismo vivo; y, como tal, tiene cuanto le es necesario para la conservación plena de los fines para que la instituyó su Fundador. Directamente dispone de todos los medios sobrenaturales necesarios para conducir a sus

afiliados hacia el fin sobrenatural... Hemos dicho lo suficiente por ahora respecto a los derechos que tiene la Iglesia. Se adivinan las batallas que han de surgir al tratarse de los medios naturales y humanamente convenientes en el orden material y terreno.

SURGE LA CRISTIANDAD

A medida que la Iglesia conquistaba fieles en las diversas capas sociales y que estos fieles obtenían mayor influencia, iba surgiendo y esbozándose la "Cristiandad". Puede decirse que, como materia prima, ya estaba a punto cuando el ocaso del Imperio de Occidente; materia prima, en cierto sentido, todavía remota, porque social y políticamente se tropezaba con las instituciones heredadas, originariamente paganas y empapadas de paganismo, concomitantes y, para la mayoría, consustanciales con el esplendor imperial romano. Había que triturarlo todo y de ello se encargaron los bárbaros que de ninguna ley pasaron a alguna ley y ésta ya más de acuerdo con las exigencias de la fe romana. A través de guerras defensivas y de conquista, de pactos y feudos, de coordinación y subordinación político-social y aun eclesiástica, se fue obteniendo la conciencia pública de la vinculación o interdependencia de pueblos, naciones, gobiernos, reyes y príncipes cristianos, y su subordinación a la Iglesia romana en orden a su fin sobrenatural, que a veces se convertía en subordinación completa aun en lo temporal, entregándose como feudos a Pedro en sus sucesores.

Ésta era ya la materia prima que llamaríamos próxima, no sólo masa, no sólo multitud, sino las asociaciones públicas de esa multitud incluso las nacionales y estatales. El espíritu católico se había infiltrado en la entraña viva de lo humano y se demostraba todo lo humano íntimamente amasado de catolicismo: todo lo humano se concebía a lo divino, con relación a su causa primera, final, ejemplar..., encuadrado en la suprema vigilancia de la Jerarquía. Y hubo de sobrevenir la forma específica de la "Cristiandad": la supremacía, habitualmente moral, de aquel monarca que la cabeza de la Jerarquía elegía como protector y como brazo secular para los casos en que se le necesitase, en cuyo caso adquiriría automáticamente una autoridad más que moral, efectiva en orden a aquellos casos y por lo tanto para exigir la cooperación y castigar la no cooperación.

Esta culminación político-social es la que cuajó en la proclamación del Sacro Imperio Romano en las sienes de Carlomagno, el de la barba florida, allá por las Navidades del año de gracia del 800.

No había continuidad con el Imperio romano occidental, disuelto en sus cimientos y pulverizado más por corrupción interna que por las invasiones. No era un traslado de poder hecho por el Papa desde los posibles derechohabientes —que no los había— a los nuevos poseedores. Era realizar un derecho de la Iglesia desde siempre a valerse de la fuerza humana que pudiera para su defensa y protección y aún para su propagación; y era realizar este derecho aprovechando las coyunturas de los hechos que se habían ido encadenando de suerte —al catolizarse toda la sociedad— que exigía esta culminación y consagración, fijando en una persona y familia lo que hasta ahora habían prestado, según las ocasiones, unos u otros, los pueblos sin sus reyes o los reyes con sus pueblos espontáneamente o llamados por la Jerarquía.

CULMINACIÓN DE LA CRISTIANDAD

Ya ha culminado plenamente organizada la "Cristiandad"...

El espíritu católico domina todas las actividades humanas a base de una perfecta catolización del individuo, de la familia, de la cultura popular y superior, de las asociaciones todas, de las instituciones sociales, de las leyes, de los gobiernos, de los príncipes... no diremos que fuese perfecta en todos sentidos, porque son hombres y en su libertad asediada tienen la razón de sus deficiencias; que las hay, y no pocas ni leves. Por lo que tiene de humano, todo lo construido sin suprimir la insuprimible libertad es frágil y deficiente.

El signo civil y militar de esta culminación es el espíritu de comunidad entre los caballeros, el espíritu caballeresco, la caballería al servicio de las buenas causas, y sobre todo, de la buena por excelencia. Y brilla en empresas comunes: las Cruzadas...

Surgen rivalidades primero por ser los gonfaloneros de la Iglesia, y pronto por gozar de sus ventajas por ambición, por envidias... Francia y Alemania pretenden la hegemonía del Sacro Imperio. Inglaterra se une a unos o a otros, manteniéndose alejada de la pretensión que arde en el continente. Surge España, salida de una cruzada secular y aunque desmembrada de Portugal que cae políticamente del lado del oportunismo inglés, se vincula al Sacro Imperio por la casa reinante que viene de los emperadores germánicos y llega a ser emperador su rey Carlos I, y, aunque reino, queda por encima de la rama imperial germánica y tiene de hecho el patrocinio de

la Iglesia... En Germania en general y en sus pueblos satélites han brotado herejías cada vez más aparentemente restauradoras o reformadoras de la mera espiritualidad de la Iglesia pero en realidad cada vez más disociadoras de gobiernos y culturas respecto de la Iglesia, cada vez más materializadoras de gobiernos y culturas al separarlas de la Iglesia y mantenerlas en plan y fines completamente terrenos.

AGONÍA DE LA CRISTIANDAD

La lucha es despiadada, cada vez más maligna de parte de los rebeldes a la Iglesia romana, no siempre acertada ni aún ideológicamente por los adalides de la Iglesia, reñidos entre sí más veces que unidos a causa de las pretensiones de tipo nacionalista. Así agoniza la "Cristiandad". El que era derecho católico pasa a no ser ni católico ni protestante. Y ya de tumbo en tumbo el que era derecho que atendía al factor religioso pasa a desentenderse de él. Y se llega a considerar ofensivo a las libertades que la religión, cualquiera que sea pero especialmente la católica, quiera ser factor influyente, e incluso se declaran guerras y se persigue aún cruentamente el intento de sobrevivir el derecho católico. La idea de Dios es raída de las relaciones y pactos internacionales y va siendo borrada de las legislaciones particulares de cada país. Luteranismo, calvinismo, anglicanismo, enciclopedia, masonería, revolución, liberalismo, anarquismo y socialismo, comunismo...

De una "Cristiandad" sentida e indiscutida en las conciencias de todos, aunque se ambicionase y se discutiera la primacía y la función rectora de tal o cual nación; de una "Cristiandad" en que los individuos se sentían debidamente colocados por los designios de la Providencia y se sentían solidarios del conjunto, felices en llenar su puesto y cooperar así al bien terreno subordinado al espiritual; de una "Cristiandad" organizada en gremios no menos religiosos que eficaces, con clases que se comprendían y se completaban, con facilidades para una cultura que era católica en las múltiples universidades y preparatoria para escalar cualesquiera puestos; de una "Cristiandad" con el sentido caballeresco del servicio divino a través del esfuerzo personal en el cuadro estatal bajo el mando de un rey o príncipe, imbuido como su pueblo del ideal cristiano, bajo la vigilancia y suprema dirección de la Jerarquía, mirada con respeto y veneración, y, según por quienes, con temor, aconsejándose con ella, escuchando su corrección, admi-

tiendo sus castigos por faltas que a veces quizá no lo eran sino en el ánimo entrometido de ciertos Jerarcas ambiciosos; de esa "Cristiandad" idealmente sentida por todos con gran pureza y exactitud, prácticamente no siempre realizada a la perfección; de esa "Cristiandad" desaparece primero el sentido universal, ecuménico, de la caballería, minada radicalmente más por las ambiciones nacionalizadoras de los reyes que por verdadera corrupción interna, como desaparece la moralidad del alto y bajo clero corrompidos por la afluencia de riquezas y poderío (grandes y ricas prebendas, vinculadas a familias o dadas por favoritismo; coincidencia habitual de los poderes civil y eclesiástico mutuamente vinculados para demasiados puestos jerárquicos; resquemores consiguientes y recelos mutuos entre los supremos gobernantes, el político y el religioso, no siempre ambos puros y desinteresados por la colación de un poder que llevaba consigo el otro; monasterios regidos por abades honoríficos sin preocupaciones ascético monacales, cocurso creciente hacia las órdenes religiosas y hacia el sacerdocio no siempre ni perseverantemente por verdadera vocación divina...).

DE LOS ABUSOS A LA REFORMA

Los abusos innegables y las inmoralidades de todos, especialmente de los poder-habientes y de los más obligados a la rectitud y desinterés y a la pureza y mortificación, daban pie a la crítica santa de los Santos (S. Bernardo al Papa Eugenio, libros frecuentes —de planctu ecclesiae—, etc., etc.) y a la fácil crítica de los eruditos que se corrompieron (ejemplos abundantes, sin olvidar a Erasmo como caso típico y ya en el límite). Como siempre, surgen los impetuosos —no siempre por Dios— que proclaman la necesidad de reforma..., se siente que algo no funciona, se piensa en una reforma, pero se ha de condenar muchas veces la teoría que subyace a las diatribas reformatorias. Porque no era cuestión de fe sino de costumbres relajadas, y la reforma había de consistir en una mayor conformación con lo que la fe exige. ¿Por qué ha de tenderse desgraciadamente casi siempre a convertir en cuestión dogmática, antidogmática, lo que no es sino mala práctica, disconformidad de lo que se hace con lo que debería hacerse? ¿Por qué lo que es problema ortopédico se proclama cuestión de ortodoxia? ¿Por qué los que más gritan y los que al fin se rebelan y acaudillan la rebelión no son precisamente un modelo?...

(Concluirá)

LAS COSAS QUE ANTES FUERON ESCRITAS PARA NUESTRA ENSEÑANZA FUERON ESCRITAS PARA QUE POR LA PACIENCIA, Y POR LA CONSOLACION DE LAS ESCRITURAS, TENGAMOS ESPERANZA

(Rom. 15,4)

ISAIAS, cap. 60

Alzate y brilla que llega tu luz,
y la gloria de Jahwé ya clarea sobre ti;
mira qué oscuridad cubre la tierra,
y qué negros nublados las naciones.

Mas sobre ti ya alborea Jahwé
y su gloria se divisa sobre ti:
ya los pueblos a tu luz caminarán,
y los reyes al fulgor de tu mañana.

Alza en torno tus ojos y mira:
todos esos en bandadas a ti vienen,
son tus hijos que de lejos van llegando
son tus hijas las que a cuestras son traídas.

Y al mirar en aquel día fulgirás,
latirá y se ensanchará tu corazón,
cuando hacia ti se enderece el tráfico de la mar
y a ti arribe la riqueza de los pueblos.

Cubriráte una avenida de camellos
dromedarios de Madián y de Hefá;
esos otros de Sabá te van llegando
aportando su oro y su incienso,
y pregonando las glorias de Jahwé.

De Cedar las greyes todas se congregan para ti,
de Nabayot los terneros estarán a tu servicio,
y ascenderán aceptables a mi altar,
y exaltaré la casa de mi gloria.

¿Quiénes son éstas que vuelan cual nubes,
como palomas al palomar?
Son las islas que a Mí me esperaban,
van a su frente las naos de Tarsis.

Van trayendo a tus hijos de lejos,
y su oro y su plata con ellos,
para el nombre de Jahwé que es tu Dios,
para el Santo de Israel que te honra.

Los hijos del extranjero levantarán tus murallas,
y los reyes serán tus servidores;
que en mi ira te azoté.
y en mi gracia te consuelo.

Y tus puertas estarán siempre patentes,
ni de día ni de noche se cerrarán,
y te entrarán sus riquezas los pueblos,
y en cortejo triunfal sus soberanos.

Pueblo y reino que no te acate perecerá,
tales naciones serán a fondo destruidas.

A ti vendrá la majestad del Líbano,
cipreses, olmos y alerces juntamente,
para ornar el lugar de mi santuario.

Y la ciudad de Jahwé te llamarán,
Sión del Santo de Israel,
la que antes eras abandonada,
la detestada, la sin romeros,
el orgullo de los siglos. Yo te haré,
la alegría de tiempos y tiempos.

Tú mamarás la leche de los pueblos,
y al pecho de los reyes mamarás,
y sabrás que Yo soy Jahwé,
tu Salvador, tu Redentor, el Fuerte de Jacob.

Para gobierno te daré la paz,
y para fiscalía la justicia,
en tu tierra jamás se oirá violencia,
ni saqueo y destrozo en tus fronteras;
a tus murallas llamarás salud,
alabanza a tus puertas.

Ya el sol no te será la luz del día
ni de la luna el claror te alumbrará,
mas Jahwé te será la luz eterna;
tu Dios el resplandor.

Tu sol no tendrá ocaso,
ni menguante tu luna;
pues Jahwé te será luz eterna.
se te acaban los días de luto.

Todos los de tu pueblo serán justos,
y para siempre heredarán la tierra,
retoños son de mi plantío,
obras son de mi mano en que gloriarme.

El más pequeño será millar,
y el más exiguo será pueblo potente.
Yo Jahwé lo aceleraré a su tiempo.

LA SECULARIZACION

ROBERTO CAYUELA, S. J.

III

Hay una tercera clase o forma de secularización, que sin ser lo totalmente absurda que es la primera, de la cual dijimos que es la más radical y absoluta, porque tiende a sustituir todo lo sagrado por lo profano, y todo lo divino por lo humano; y sin llegar tampoco a ser tan errónea como la segunda; a saber, la equiparación de los sacerdotes con los seculares, o seglares, o laicos, en un mismo y único sacerdocio, común y universal; es con todo una secularización sumamente perniciosa y de muy graves consecuencias, pues afecta a cosas muy íntimas y vitales de la vida cristiana; a sus principios y a sus costumbres.

Es también muy frecuente. Lo ha sido en todos los tiempos; pero muchísimo más en los modernos, ahora mismo; y de tal manera, que bien podemos decir que es una de las más tristes y dolorosas características de la actual vida de innumerables cristianos.

A esta tercera forma de secularización la podemos denominar con el apelativo de “mundanización”; y se verá que el término es muy apropiado, si la palabra “mundo” se toma en la segunda de sus principales acepciones, según diremos en seguida.

Pero tengamos presente, ante todo, que entre las muchas falsas y confusas interpretaciones con las que hoy día, por desgracia, se tergiversan siniestramente no pocas de las admirables y santas enseñanzas del Concilio Vaticano II, una de las más corrientes, y que

hace grandes estragos en las almas, es la que se refiere a la doctrina del Concilio sobre la Iglesia y el mundo.

Es frecuente oír lo que muchos proclaman en son de triunfo: “la Iglesia, en el Concilio, se ha reconciliado con el mundo; desde ahora, van a ir Iglesia y mundo como de la mano, en amigable consorcio; se acabó ya lo de que el mundo es un enemigo; uno de los tres enemigos del alma”. Cosas como éstas, o parecidas, se oyen tantas veces.

Procede todo esto de *confundir* lastimosamente, ya por malicia, ya por ligereza, varias de las cosas que ha enseñado tan sabia y pastoralmente el Concilio. Y la confusión proviene de no tener en cuenta la acertada distinción que él ha establecido y notado tan esmeradamente entre las dos principales acepciones, sentidos o significados que tiene el vocablo “mundo”. En varias ocasiones ha tomado esa palabra el Concilio en una de sus acepciones o sentidos; y según él, ha enseñado cosas muy verdaderas y oportunas; y en otros casos la ha tomado en su segunda acepción o significado; y conforme a él, ha dado enseñanzas asimismo muy verdaderas y prácticas para la vida cristiana.

Será, pues, preciso recordar, en primer lugar, esas dos principales acepciones del vocablo *mundo*, o *siglo*; y explicar el significado o alcance de cada una de ellas; para después exponer lo que es la secularización de la mundanización.

I. — EL “SIGLO”, O “MUNDO”

El vocablo *siglo*, del latino *saeculum*, además de tener el significado corriente de una duración de tiempo de cien años; y también el de un período de tiempo que se nos hace muy largo; como cuando uno dice a un amigo suyo: “hace un siglo que no te veo”; tiene otro significado o sentido, muy diverso, que es frecuente en el lenguaje bíblico y en la literatura eclesiástica; y que le hace sinónimo de la palabra *mundo*, en la acepción segunda de él; y así, igual da decir: los deseos o concupiscencias seculares, o del siglo; que decir: los deseos y concupiscencias mundanas, o del mundo.

Para no errar en la materia de que tratamos, es, pues, necesario distinguir ahora cuidadosamente las dos principales acepciones, entre otras muchas, del

vocablo *mundo*.

El Concilio Vaticano II, al mismo tiempo que distingue con claridad y precisión estos dos sentidos principales de la palabra *mundo*, los relaciona entre sí, y aun los sintetiza hermosamente, en estos términos: “El mundo, esto es, la entera familia humana, con el conjunto universal de las realidades entre las que ella vive; el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias; el mundo, que los cristianos creen fundado y conservado por el amor por Cristo, crucificado y resucitado, roto el poder del Creador; esclavizado por el pecado, pero liberado del demonio, para que el mundo se transforme, según el plan divino y llegue a su consumación” (*Gaudium et spes*, n. 2).

A) LA PRIMERA ACEPTACIÓN DE LA PALABRA *mundo*

Entendemos, pues, por *mundo*, en su primera aceptación, el conjunto de todas las cosas creadas por Dios; y así decimos, el universo mundo: más determinadamente, nuestro planeta, la Tierra; y en forma aún más concreta, la totalidad del género humano; o sea, de los hombres que habitan la tierra, prescindiendo, en esta primera aceptación, de la calidad moral de los hombres que moran en ella; o aun teniendo expresamente en cuenta que en ella hay buenos y malos. Mundo es, pues, la Sociedad humana.

En este sentido, dijo Jesús a Nicodemo: "De tal manera amó Dios al mundo, que le entregó su Hijo Unigénito; a fin de que todo el que crea en Él, no perezca, sino alcance la vida eterna". Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él" (In., 3, 16, 17).

Y a los Apóstoles, en su última aparición, después de su resurrección: "Id al mundo entero; y predicad el Evangelio a toda la creación" (Mc., 16, 15). Y en el milagro del ciego de nacimiento: "Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo" (In., 9, 5).

En el mismo sentido, y de una manera muy clara y expresa, para que entendiésemos bien el pensamiento del Divino Maestro, cuando hablaba del mundo en esta su primera aceptación, dijo al explicar a sus discípulos la parábola de la cizaña: "El que siembra la

buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del malvado; y el enemigo que la siembra es el diablo; la siega es la consumación del mundo; y los segadores son los ángeles" (Mt., 13, 37-39).

En el mundo, pues, en la universal Sociedad humana, durante su existencia temporal, hay buenos y malos, y viven mezclados entre sí, hasta que, al final de los tiempos, se haga la definitiva separación.

Siempre ha habido buen trigo y cizaña en el mundo, aun después de la venida del Hijo de Dios, hecho Hombre, Cristo Jesús. Y todavía desde entonces, se ha hecho más pronunciada y patente la mezcla de buenos y malos en el mundo; pues la luz de Cristo, que es la luz de la verdad, al difundirse por todas las naciones, hizo, dentro del mismo mundo, una gran diferenciación entre los hombres; de una parte, los hijos de las tinieblas, llamados también por el Señor "hijos de este siglo"; de otra, "los hijos de la luz" (Cfr. Lc., 16, 8).

En este mismo sentido hablan no pocas veces los Apóstoles y los Santos Padres; y recientemente el Concilio Vaticano II, al decirnos que "el mundo, toda la Sociedad humana debe impregnarse de Cristo, y ha de ser consagrado a Dios, por Cristo"; "tarea ésta peculiar de los laicos" (L. G., n. 36).

B) LA SEGUNDA ACEPTACIÓN DE LA PALABRA *mundo*

Mucha más importancia tiene para nuestro objeto, esta segunda aceptación o significado; y por ende, la hemos de explicar con mayor detención.

Nos ha dicho el Concilio que el mundo, en este segundo sentido, es "el esclavizado por el pecado". ¿Quién lo esclavizó? El Príncipe de este mundo, como denomina Cristo al Jefe de los ángeles rebeldes, Satanás. Lo dijo varias veces. Poco antes de su Pasión: "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será arrojado fuera" (In., 12, 31); y en el Sermón de la Cena: "Viene el Príncipe del mundo; mas contra mí no puede nada" (In., 14, 30); y poco después: "El Príncipe de este mundo ya está juzgado" (In., 16, 12).

Es evidente el sentido en que aquí y en otros pasajes toma Cristo la palabra *mundo*: el conjunto de los hombres que, sometidos por sus pecados al tiránico imperio del demonio, y dejándose guiar por él, obran la maldad y buscan la vanidad.

En este mismo sentido dijo de Jesús San Juan:

"El mundo no le conoció" (In., 1, 10). Y el mismo Jesús tantas veces. Dice a los judíos: "No puede el mundo aborreceros; pero a mí me aborrece, porque doy testimonio de él, aseverando que sus obras son perversas" (In., 7, 7). Y en otra ocasión a los mismos judíos: "Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo" (In., 8, 23). Con gran insistencia lo dice a los apóstoles: "Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me han aborrecido primero que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; mas pues no sois del mundo, sino que yo os entresaqué del mundo, por eso os aborrece el mundo" (In., 15, 17-19); pero añade después: "Confíad; yo he vencido al mundo" (In., 16, 33). Y hablando con el Padre en su oración sacerdotal: "Por ellos (los apóstoles) yo te ruego; no ruego por el mundo" (In., 17, 9).

Ahora bien; así como el mundo (entendida la palabra en esta segunda aceptación), fue el adversario de Jesucristo, lo sigue siendo de su Iglesia, de los discí-

pulos y seguidores de Cristo. Es el enemigo de las almas, el enemigo de nuestra salvación. Así describieron al mundo los Apóstoles; y tras ellos, los Santos Padres: como una sociedad que obedece a leyes y a máximas, totalmente diversas de las de Cristo y de su Iglesia. Y dicen que la finalidad del mundo es del todo contraria a la del Reino de Cristo; así como también son enteramente diversos los medios que emplea para lograr su fin. Entre el mundo, así concebido y señalado, y la Iglesia, no sólo hay distinción y diferencia, sino también contradicción y hostilidad.

Por ello, así como Jesús había dicho que el espíritu del mundo no es de Dios (In., 15, 19; 17, 14-16); así después San Juan nos dice abiertamente que el mundo está bajo el imperio del espíritu del mal: "El mundo todo estriba o se funda sobre el maligno, sobre el mal" (1 In., 5, 19). Y añade el Discípulo al que amaba Jesús: "No améis al mundo, ni las cosas que hay en el mundo. Si alguno amare al mundo, no está en él la caridad del Padre; pues todo lo que hay en el mundo, a saber: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida (o sea, la jactancia de los bienes terrenos), no procede del Padre. Y el mundo pasa, y su concupiscencia" (1 In., 2, 15-17). ¿Quién no siente en estas palabras el acento de firme convicción, y a la vez de profunda tristeza con que San Juan las escribió?

Consuena con él lo que asevera Santiago Apóstol, en su carta católica: "¿No sabéis que el amor para con el mundo es enemistad para con Dios? El que, por tanto, quiere ser amigo del mundo, se constituye en enemigo de Dios" (4, 4).

En el mismo sentido habla frecuentemente San Pablo, como cuando dice: "Pero a mí jamás me acaezca gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo; por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo" (Gal., 6, 11). Esto es: el mundo es para mí un objeto de execración y de horror, como lo es un hombre muerto y crucificado; y yo también lo soy para el mundo; el cual (comenta Santo Tomás in h. 1), "así como aborrece la Cruz de Cristo, de la misma manera me aborrece a mí".

De entre los testimonios de los Santos Padres, bastará citar dos.

Sea el primero éste de Orígenes, uno de los primeros Padres de la Iglesia: "Después de que de una Virgen nació la luz de la verdad; y esta luz brilla entre las tinieblas, e ilumina a los que la conocen; el género humano se ha dividido en dos sectores: a saber, el de los corazones iluminados por el conocimiento de la verdad de Cristo; y el que permanece en las

tinieblas de la incredulidad y de la maldad, el mundo" (Hom. 2 in c. 1 In.). Y continúa el gran Orígenes: "La luz de la verdad de Cristo ilumina, sí, por su parte, a todos los hombres que vienen a este mundo; pero de hecho ilumina a los que se dejan iluminar; a aquellos solamente que nacen por la generación espiritual de la Gracia en el Bautismo; y habiendo nacido según el Espíritu, apetecen la luz de la sabiduría divina y la verdadera vida; dejan de ser meros hijos de los hombres, para ser hijos de Dios; los que viven como tales; los que abandonan los vicios del mundo, y constituyen como un monte de virtudes, a cuya cima desean con todas sus fuerzas subir. Estos son los iluminados por la luz verdadera; los que vienen a un mundo de virtudes; no los que caen en un mundo de vicios" (Ib.).

Oigamos ahora a San Agustín, el cual, comentando las palabras de San Pablo: "No es nuestra lucha contra carne y sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes mundanales de las tinieblas de este siglo" (Eph., 6, 12), dice: "No es, en verdad, nuestra principal y más difícil lucha contra la carne y la sangre; es decir, contra los hombres a quienes veis; sino contra los invisibles príncipes, y potestades, y dirigentes del mundo; de estas tinieblas; y dijo el Apóstol: *de estas tinieblas*, para que no te equivocases, pensando que al decir: rectores del mundo, habías de entender que los demonios son rectores del cielo y de la tierra. Del mundo, dijo: el de estas tinieblas; del mundo, dijo: el de los amadores del mundo; del mundo, dijo: el de los impíos e inícuos; del mundo, dijo: del que dice el Evangelio: y el mundo no le conoció (Enarr. in Ps. 54, v. 1). ¿Con qué precisión distingue el Santo Doctor los dos distintos significados de la palabra *mundo*; y con qué propiedad y exactitud nos describe lo que es el mundo en esta su segunda acepción!

Es, pues, cosa evidente lo que en ella significa *mundo*, en el pensamiento de Cristo y de su Iglesia.

Y la Iglesia no ha cambiado, ni puede cambiar. En nuestros días, el Papa Pablo VI, después de que en su Profesión de fe, "El Credo del Pueblo de Dios", ha afirmado y puesto de relieve "la gran solicitud con que la Iglesia, Esposa de Cristo, sigue de cerca las necesidades de los hombres; es decir, sus alegrías y esperanzas, dolores y trabajos..."; añade esta intencionada advertencia: "Pero jamás debe interpretarse esta solicitud, como si la Iglesia se acomodase a las cosas de este mundo, o se enfriase el ardor con que Ella espera a su Señor, y el Reino eterno" (n. 27). No; no se ha reconciliado la Iglesia con lo que el mundo es y tiene de irreconciliable.

II. — LA MUNDANIZACIÓN

Sin la declaración que acabamos de hacer sobre los dos principales significados de la palabra *mundo*; y que son los que es preciso tener en cuenta para nuestro objeto; estaría expuesto a equívocos y a mal entendidos lo que ahora vamos a exponer acerca de la mundanización. Pero con lo indicado, la cosa es clara y fácil.

Conforme a las enseñanzas que acabamos de recordar de Cristo, de los Apóstoles y de los Santos Padres, bien seguros podemos estar, como de verdad cierta y evidente, de que así como toda la cuestión o problema de vivir los cristianos según Cristo, se reduce al “orden de nuestro amor”; así, toda la cuestión o problema de vivir los cristianos según el mundo, se reduce al “desorden de nuestro amor”.

La vida del cristiano ha de ser vida virtuosa, vida de virtud; y la definición mejor de la virtud es la que genialmente dio San Agustín; oigamos sus palabras: “Me parece que la definición más breve y acertada de *virtud*, es ésta: la virtud es *el orden del amor*” (Ib., I. 14, c. 7). En consecuencia con su luminoso pensamiento, dice en su misma obra: “Dos amores fundaron dos Ciudades; a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena (la del mundo); y el amor de Dios hasta el desprecio propio, la Celestial” (Ib., L. 15, c. 28). Al describir una y otra, nos da el gran Doctor una idea, la más acabada, de lo que es la vida cristiana, o según Cristo; y de lo que es la vida mundana, o según el mundo.

Así, pues, vivir el cristiano según Cristo, es *amarle a Él* por encima o sobre todas las personas y cosas; amarle porque es Dios, “Dios verdadero de Dios verdadero”; un solo Dios con el Padre y el Espíritu Santo; amarle, también, porque quiso hacerse Hombre por nuestro amor; y hecho Hombre-Dios, nos amó hasta el extremo, y se nos entregó, muriendo para destruir nuestra muerte, y resucitando para darnos nueva vida, divina y eterna. Vivir según Cristo es, con la fuerza de este amor a *Él*, vivir como *Él* vivió; es decir, amar lo que *Él* amó, y no amor y un aborrecer lo que *Él* no amó y aun aborreció; buscar lo que *Él* buscó, y desechar lo que *Él* desechó; pensar, estimar, valorar todas las cosas como *Él* lo hizo; vivir conforme a sus enseñanzas, e imitar los ejemplos de sus virtudes.

En fin, vivir el cristiano según Cristo es vivir unido a *Él*, tal como *Él* nos lo encargó para nuestro grandísimo bien, y de una manera tan conmovedora, cuando iba a entregarse voluntariamente a la Pasión: “Permaneced en mí, unidos conmigo” (In., 15, 4);

“Creed en mí” (In., 14, 17); “Tened confianza en mí” (In., 16, 33); “Permaneced en mi amor” (In., 15, 9).

Por el contrario, vivir el cristiano según el mundo (entendida esta palabra en su segunda acepción, antes descrita), es *amar* preferentemente y hasta únicamente al mundo y las cosas del mundo; y con la fuerza pasional de este amor desordenado, amar y buscar las cosas que el mundo ama y busca; a saber: los bienes materiales, el dinero, las riquezas; y cuantas cosas se consiguen con todo ello, y que suelen ser para dar pábulo a las pasiones desorbitadas; también los honores u honras mundanas, las alabanzas, y aquella gloria mundana, que por ser huera y sin sustancia, se llama vana-gloria; y, por fin, prevalecer sobre los demás, figurar, dominar.

Y como todas estas cosas son, de sí, tan atrayentes; y el Príncipe de este mundo y sus satélites, los demonios, las presentan con tan engañosos fulgores y tan cautivadores encantos, aun a los cristianos, y con el fin de halagar y fomentar nuestra *concupiscencia*, la cual se nos ha dejado, aun después del Bautismo, para el mérito de nuestro combate espiritual, con el que debemos configurarnos con la Pasión de Cristo; por eso, son tantos los cristianos que, seducidos, se pasan al mundo; al que el Concilio nos lo ha definido como “esclavizado por el pecado”.

¿Qué será, por tanto, *mundanización*, sino irse el cristiano apartando del *amor* a Cristo, e irse acercando hacia el *amor* al mundo; y acercarse tanto, que deje de vivir según el espíritu de Cristo, y viva ya según el espíritu del mundo, inficionado de sus ideas, máximas y criterios, y metido enteramente en sus costumbres y diversiones; obrando, en fin, la maldad, y buscando la vanidad?

Esta mundanización la podemos considerar brevemente en tres clases de personas: los Seglares cristianos, los Sacerdotes, los Religiosos. Cada uno de estos tres casos presenta sus peculiares características.

1.º) *En los Seglares cristianos*. — Tiene el sentido cristiano una penetrante intuición, y está dotado de una certera habilidad para expresar con palabras atinadas lo que siente de las personas y cosas. Así, da el calificativo de “mundano” al seglar que no vive conforme a la vocación cristiana; del cual dice: “un hombre mundano, muy mundano; una mujer mundana, muy mundana”; con lo cual quiere decir que la tal persona está entregada con preferencia y con demasía, y aun a veces totalmente, a las cosas vanas y

malas del mundo; a sus pompas y devaneos, a sus diversiones y placeres.

Muchos cristianos han sido así siempre; porque precisamente viven en ese mundo de vanidad y maldad; y no es fácil sustraerse a su influjo. ¡Qué raro es no contagiarse uno de dolencias infecciosas, cuando convive con quienes adolecen de ellas!

Les es necesario vivir en continua pugna; en aquella pugna a la que se refirió el Divino Maestro, cuando dijo paladinamente: “No os imaginéis que vine a poner paz sobre la tierra; no vine a poner paz, sino espada” (Mt., 10, 34). Y la explicación de esto es, porque amando Jesús a todos los hombres, para que le sigan; y siendo así que unos aceptan su llamamiento, y le siguen; y otros no; es preciso que aun dentro de una misma casa y familia, como Jesús lo advierte a continuación, haya pugna entre los familiares, al haber oposición entre los modos de pensar y de proceder de unos y otros. Y lo mismo es preciso que ocurra entre quienes viven en una misma ciudad, y han de relacionarse por diferentes motivos. Un abismo, a veces, se abre entre quienes se han de ver y tratar; abismo de opiniones y conductas; ni es cosa rara que los más hábiles y atrevidos influyan en otros, y los ganen para el mundo. Por lo mismo, es de todo punto necesario que el cristianismo viva alerta y en lucha, a fin de no dejarse seducir.

Con todos los cristianos hablaba San Pablo, cuando decía: “No os configuréis a semejanza de este siglo, de este mundo” (Rom., 12, 2). Y en otro pasaje: “Se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, enseñándonos que no cediendo a la impiedad y a las concupiscencias mundanas, vivamos moderada, sobria y piadosamente en el presente siglo, aguardando la bienaventurada esperanza y manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo” (Tit., 2, 11-13). Programa completo y magnífico de vida cristiana; y, a la vez, severa advertencia para no incurrir en la vida mundana.

El mismo San Pablo traza frecuentemente unos cuadros de incomparable vigor y realismo, poniendo ante los ojos de los fieles el vivo contraste que hay entre la vida auténticamente cristiana y la vida de los mundanos; y les incita a todos, con razones apremiantes, a que no se dejen influir por el mundo.

En igual forma, los Santos Padres, de continuo. Como muestra, un botón. Decía San Agustín a sus fieles de Hipona, y en ellos a todos los cristianos: “Gozaos, hermanos; gozaos en el Señor, y no en este siglo, conforme a él; esto es: gozaos en la verdad, y no en la iniquidad; gozaos en la esperanza de la eter-

nidad, y no en la flor caduca de la vanidad” (Serm. 307, n. 7).

La Sagrada Liturgia de la Iglesia insiste en lo mismo, de varias y hermosas maneras; como cuando en la Oración después de la Comunión de la Misa del Domingo 32 durante el año, ruega sí al Señor: “Te pedimos que no nos dejes sucumbir a las tentaciones del mundo”; y en el himno de Laudes de la Feria VI: “Tu luz santa nos ilumine; y permaneciendo en nuestras mentes, rechace la noche del siglo”.

2.º) *En los Sacerdotes.*—No nos referimos aquí directa y expresamente a la completa secularización de los sacerdotes, cuando dejan su estado sacerdotal para pasarse al estado seglar, lo cual, de ordinario, es para casarse.

De otra secularización en los sacerdotes hablamos ahora, que sin llegar al tristísimo extremo de la otra, es, sin embargo, muy triste y de graves consecuencias para los mismos sacerdotes que incurrir en ella, y también para el Pueblo de Dios; y se da cuando un sacerdote, aun continuando en su estado y en el ejercicio de sus ministerios sacerdotales, con todo se hace más o menos, y a veces con mucho exceso, a las ideas y costumbres del mundo, en el vestir, en el trato y en lo demás.

Todos sabemos que el marxismo y el comunismo, con sus aliados de diferentes procedencias, pero que les sirven de auxiliares, son los que en nuestros tiempos de confusiónismo y de corrupción, pretenden secularizar a la Iglesia, atrayendo la Ciudad de Dios a la Ciudad del mundo, y aun intentando confundir una y otra, tan dispares y opuestas, en una sola Ciudad, la del mundo. A este fin, y como primer intento y primordial objetivo, procuran secularizar o mundanizar al Clero, induciéndole a formar parte de movimientos más o menos subterráneos, que están tratando de minar los cimientos mismos del Sacerdocio, para minar después los de la Iglesia.

O, aun sin llegar a tanto, intentan convertir al sacerdote, que siempre debe ser “alter Christus”, otro Cristo, en el pensar y en el obrar, en un ciudadano de la ciudad terrena y mundana, como otro cualquiera; que trabaje, que vista, que hable y que se divierta como uno de tantos; en una palabra: que no sólo viva en el mundo, sino que sea del mundo.

Todo lo contrario de esta mundanización nos lo ha enseñado el Concilio Vaticano II, en varios de sus magníficos Documentos; y con razones y palabras de vivísimo interés y celo por conservar a los sacerdotes como los quiere Cristo y la Iglesia. Al no poder

copiar aquí algunos de sus pasajes de más relieve en esta materia, nos remitimos a lo que con suma prudencia y sabiduría, y con unción celestial dice el Concilio en el Decreto "Presbyterorum Ordinis", n. 3, y en el n. 8. Allí lo dice todo.

Nada se puede añadir a tan graves y oportunas enseñanzas, en las cuales el Concilio denuncia claramente el peligro de la mundanización de los sacerdotes, si se configuran con este siglo; y le pone los más eficaces remedios.

Aduciremos, tan sólo, unas preciosas palabras del Papa Paulo VI, que en una audiencia general dijo a un grupo de sacerdotes: "Sed apóstoles en el mundo moderno, sin confundiros con él, sin asimilaros a él; sed apóstoles con la sabiduría cristiana, con la prudencia evangélica, con el celo, con el espíritu de amor y de servicio, que caracteriza a los heraldos del Evangelio de Cristo" (5 de noviembre de 1969).

3.º) *En los Religiosos.* — También el sentido y el lenguaje cristiano tiene su apropiado apelativo para designar a los religiosos que no viven conforme a lo que les pide la santidad de su estado de perfección; y así, habla "de un religioso aseglarado, de una religiosa aseglarada". Con esto, dice todo lo que siente de los tales.

La esencia del estado religioso, y por lo mismo de la vida religiosa, como lo ha enseñado siempre la Iglesia, y recientemente de una manera maravillosa el Concilio Vaticano II (L. G., Cap. VI), consiste en *añadir* al cumplimiento *fiel* de la voluntad preceptiva u obligatoria de Dios, el cumplimiento *generoso* de su voluntad de beneplácito o de consejo.

Desarrollamos brevemente esta idea en los siguientes puntos:

a) Dios, Nuestro Señor y Padre, tiene, sobre todos los hombres, una voluntad *preceptiva*, a cuyo cumplimiento les obliga para que alcancen el fin de la vida eterna; y esta voluntad preceptiva la ha mostrado en los preceptos del Decálogo. Y, sobre los cristianos, su voluntad preceptiva es que, además de la observancia del Decálogo, observen también, y asimismo obligatoriamente, los preceptos de la Santa Madre Iglesia.

b) Su voluntad de *beneplácito* o de *consejo* la ha manifestado Dios por medio de Jesucristo, en los que se llaman consejos evangélicos, que son varios, pero, entre ellos, se han considerado siempre tres como los principales, por haberlos enseñado y propuesto Cristo, de palabra y con su ejemplo, de una manera muy especial e insistente; son el de pobreza, el de castidad y el de obediencia.

c) *Todos* los cristianos, por su universal vocación

a la santidad en la Iglesia, son llamados a estas dos cosas: a vivir con el *espíritu* de los consejos evangélicos, en especial de los tres principales; y, cuanto a la *práctica* de ellos, son llamados *los cristianos seculares* a aquella práctica que es compatible con su estado seglar, que es, por lo regular, el de santo matrimonio; la cual práctica, en ellos, no puede ser sino parcial e incompleta, como se ve claramente, si se considera cada uno de los tres consejos en la vida de matrimonio.

d) *Los religiosos*, por razón de su estado, según el cual han sido llamados con vocación especial a la más perfecta santidad cristiana, que es "la perfección de la caridad", han sido, por lo mismo, llamados no solamente a vivir, y del todo plenamente, con el *espíritu* de los tres consejos evangélicos, sino también a la *práctica total y completa* de ellos; y esto, como medio, el más eficaz, para conseguir la perfección de la caridad, y vivir en el generoso y perpetuo ejercicio de ella.

e) Esta práctica total y completa de los tres consejos evangélicos, no es otra cosa que una *renuncia*, también *total y completa*; renuncia, que no es solamente a todas las cosas que son contrarias a la perfección de la caridad; sino también a todas las que la impiden, atenúan y entibian. Y, por tanto, ha de ser renuncia aun a cosas que los seculares cristianos pueden lícitamente tener y hacer, en diversiones, modo de vestir, etc., pero que no son conformes al estado religioso, porque en una u otra forma suelen impedir, atenuar o entibiar el fervor de la perfecta caridad.

De todo esto se deduce, sin género de duda, que los religiosos, no solamente, como los demás cristianos, han de vivir, por el Bautismo, muertos al pecado y a cuanto lleva al pecado; sino que, además de esto, han de vivir también muertos al mundo y a todas sus cosas, aun a las no malas, aun a las que son lícitas para los seculares, pero que no lo son, en plan de perfección, a los religiosos, por la voluntaria renuncia que de ellas han hecho para corresponder a lo que pide su santa vocación; a saber, para corresponder generosamente con todo su amor al amor inmenso de Cristo. Tan sólo a Cristo han de tener como todo su Bien, su único Bien, su sumo Bien; pues a Cristo se han consagrado; a Cristo, sumamente amado; y se han consagrado a Él totalmente, con un amor indiviso, el cual no pueden compartir, según lo que de ellos quieren Cristo y la Iglesia, con ninguna otra persona y con ninguna otra cosa.

Bien entendido todo esto, ya se ve que contrasta penosamente con esas magníficas realidades la ac-

tual mundanización de tantos religiosos y religiosas, como vemos y deploramos; que es según los diversos casos en mayor o menor grado; pero que llega frecuentemente a extremos increíbles, con la consiguiente disminución y aun anulación de vocaciones, y con escándalo, daño y dolor del Pueblo de Dios.

Mas al decir esto, como antes lo hemos indicado de los sacerdotes, nos referimos, no a los religiosos que abandonan su estado para pasarse al estado seglar, siendo por ello, de uno u otro modo, infieles a su vocación; sino a los que continuando en su estado religioso, se han mundanizado, viven aseglarados; lo cual, por otra parte, es ponerse en una pendiente resbaladiza, que no raramente les acaba por llevar a dejar su estado y pasarse al seglar.

Por todo esto, ha tenido que levantar su autorizada voz el Papa Paulo VI; y en su "Exhortación Apostólica para la renovación de la vida religiosa, según las enseñanzas del Concilio", ha denunciado el peligro de que "la sal de la fe (en los religiosos) se disuelva en un mundo de secularización, si no se conserva incólume la tradición de la Iglesia, que nos ofrece, desde sus orígenes, este testimonio privilegiado de una búsqueda constante de Dios, de un amor único e indiviso a Cristo, de una dedicación completa y absoluta al crecimiento de su Reino" (n. 3).

Añade en el n. 7: "En el sentido mismo de este proceso dinámico (el de la renovación de la vida religiosa, según la ha querido el Concilio), hay el constante riesgo de que el espíritu del mundo se mezcle con la acción del Espíritu Santo". Y recordando las palabras del Concilio (L. G., cap. VI), dice: "El cristiano, por el Bautismo, ha muerto al pecado y se ha consagrado a Dios. Sin embargo, para obtener de la gracia bautismal frutos más copiosos, se abraza con la profesión de los consejos evangélicos; y trata con ello, de liberarse de los impedimentos que pudieran apartarle del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino".

El mismo Papa Pablo VI, en una audiencia a sacerdotes religiosos, el 21 de abril de 1969, habló así: "No os dejéis arrastrar por la tentación de evadiros de vuestras Constituciones, con el prurito de ser más modernos y tener más entrada con los hombres de nuestro tiempo; exponiéndoos al peligro de convertirnos vosotros al naturalismo, que hoy lo domina todo; en vez de convertir los demás a la concepción y al misterio sobrenatural de la vida cristiana-católica".

Para terminar; la secularización del mundanismo, tal como muchos seglares, sacerdotes y religiosos la entienden y la ponen por obra en nuestra época, es todo lo contrario del pensamiento, del plan y de la obra de Jesucristo, respecto de sus seguidores; y más de los que en la sociedad seglar cristiana, en el sacerdocio y en el estado religioso, han de continuar su vida y su obra; y que Él mismo expresó con divina unción y precisión en su Oración sacerdotal, después de la Última Cena: "No son del mundo, como ni vos del mundo. Conságralos, Padre, en la verdad. Tu palabra es verdad. Yo por ellos me consagro a mí mismo, para que también ellos sean consagrados en la verdad" (In., 17, 16-19).

Ahora bien, la consagración o santificación de los verdaderos discípulos de Cristo, a semejanza de la de Él, es una dedicación o entrega estable al servicio exclusivo de Dios y al bien de las almas; lo cual requiere que el consagrado o santificado se sustraiga a las cosas profanas, a las cosas mundanas, para pasar a ser pertenencia o propiedad de Dios, en Cristo. Y la consagración o santificación verdadera llega a ser una oblación e inmolación sacrificial, por la que el cristiano se ofrece y se sacrifica voluntariamente, con la fuerza de un gran amor a Cristo, en las renunciaciones, aun las más costosas, que nos enseña el Evangelio; con las que se han de abrazar, en su santo, los seglares cristianos; y más completamente los sacerdotes y religiosos.

ROBERTO CAYUELA, S. I.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

FEBRERO

GENERAL: Que los fieles reconozcan mejor el doble carácter del tiempo de cuaresma. A saber: carácter bautismal y penitencial.

MISIONAL: Que mediante la liturgia del tiempo cuaresmal se preparen eficazmente los ánimos de los neófitos para celebrar el Misterio Pascual.

IN MEMORIAM

EL DOCTOR DON GREGORIO MODREGO CASAUS, PRIMER ARZOBISPO DE BARCELONA

□ El domingo, día 16 de enero de 1972, fallecía santamente, rodeado de su Sucesor electo Doctor Jubany, del Arzobispo de Toledo y de los Obispos auxiliares de Barcelona, el que fue su Pastor desde los últimos días de 1942 hasta principios de 1967. □ Imposible es resumir toda su labor en la Cátedra de los santos Severo y Olegario durante casi 25 años. □ Natural de El Busto (Zaragoza), tras estudios en Roma, fue ordenado presbítero en 1914. □ Gran colaborador del Cardenal Gomá en Tarazona, siempre a su lado, incluso en Toledo, fue preconizado obispo de aquella diócesis aragonesa en octubre de 1936. □ Le vemos más tarde Vicario general castrense y Administrador apostólico de la Primada de España. □ En 25 de marzo de 1943 tomó posesión de la Sede de Barcelona. □ Resume su labor en ésta, la creación de diez arciprestazgos, ochenta nuevas parroquias, ciento treinta templos parroquiales, reorganización general de la Diócesis en los difíciles tiempos subsiguientes a nuestra Guerra. □ Su labor pastoral se plasma en 21 cartas pastorales y más de 400 exhortaciones. □ Y gran número de Instituciones, como la Escuela del Magisterio, Comisión de Prensa, Convictorio sacerdotal, etc., etc. □ Pero su Pontificado tuvo, como la característica del mismo la más destacada y brillante, la celebración, en nuestra Ciudad Condal, del XXXV Congreso Eucarístico Internacional de 1952 que aun está en la memoria de tantos, calificado quizá como el más piadoso e intenso Congreso de todos los tiempos, y del que quedó, como recuerdo y reliquia a la vez espiritual y material la gran empresa de las Viviendas. □ Esta labor le elevó a la categoría de Arzobispo, que en 11 de junio de 1964 pasó a la de residencial en Barcelona, que ascendió así a Archidiócesis.

□ No ha sido con mucha frecuencia que nuestra Revista haya sentido el consuelo del aliento de parte de las jerarquías. □ Por dicha razón, CRISTIANDAD, con sus oraciones, dirige un recuerdo de emocionada gratitud a la paternal solicitud que Monseñor Modrego nos dedicó. □ En el III Aniversario de CRISTIANDAD, en nuestro número 73 —coincidiendo precisamente con el artículo magistral y fundamental de nuestro Fundador, el Padre Orlandis— nos dirigía una carta brevísima, pero sustanciosa. Con todo el derecho nos enorgullecimos de ella, y nos seguimos enorgullecidos, y, dentro de nuestra humilde cortedad y pobreza, hemos procurado ser fieles a su consigna. □ “La Revista —nos decía— no debe descender de ese nivel, aunque sea a trueque de renunciar a éxitos fáciles.” “Ni cederá un punto en su ortodoxia.” □ Gracias a Dios, en esto hemos obedecido. □ Tanto más que añadía —un tanto proféticamente, hace de esto 25 años—: “Hoy más que nunca, es necesario aferrarse a la verdad eterna, a la verdad de la doctrina católica, única que puede iluminar las sendas de la inteligencia en medio del confucionismo y rebeldías de la hora presente.”

□ ¡CRISTIANDAD no cederá un punto en su ortodoxia!

□ Cuando conmemoró sus bodas de plata, quiso de nuevo el Doctor Modrego bendecirla, y, saliendo de su retiro —al que se había recluso voluntariamente, por edad, en 1967—, asistimos a la Misa que nos celebró. Fue su último aliento, esta vez de valor infinito.

□ Descanse en paz nuestro Prelado, y, desde el Cielo, haga que CRISTIANDAD siga siendo fiel a su consigna: “aferrarse a la verdad eterna”.

POR QUE CREO EN LA PROVIDENCIA DIVINA

La primera verdad que, proclamamos en el Símbolo de nuestra fe, es la existencia de Dios, Uno y Trino, Creador de todo lo visible e invisible. La Iglesia nos enseña que ese Dios Creador, y por tanto Omnipotente, no se desentiende de las cosas que ha creado, sino, que, con su Providencia, las ordena todas a su fin, con medios aptos para conseguirlo. Mediante la razón humana, puede el hombre, llegar al conocimiento de Dios Creador, a través de las obras de sus manos; así lo enseña el Concilio Vaticano I (24-4-1870). La divina Revelación, nos da a conocer a Dios de tal forma, que, el Dios, conocido por la fe, es el mismo, que contemplan los bienaventurados en el Cielo, en clara visión intuitiva.

La Providencia es un atributo de Dios, y por tanto, una verdad contenida en el Sagrado Depósito de la fe; no obstante, es objeto de despiadados ataques, debido, tal vez, a la crisis de fe que padecemos. Ya en siglos lejanos, ha sido negada la divina Providencia, con que Dios gobierna el Universo, y conduce suavemente las cosas a su fin, por los epicúreos, estoicos, etc., y más recientemente por pesimistas y deístas, materialistas y fatalistas. La Iglesia católica, en todo tiempo, ha proclamado fundada en la Revelación que el mismo Dios, hizo de sí, su fe, en un Dios personal y providente, que, con infinita Sabiduría, rige los acontecimientos del mundo, sin que, cosa alguna, pueda sustraerse al influjo de su poder.

No es correcto que, para negar una verdad, se deforme su contenido, o se la revista de formas grotescas, a fin de que, fácilmente se la pueda sentar en el banquillo del ridículo. Otras veces, se crea, artificialmente un estado de opinión, que no existe, a fin de presentar dicha verdad, como ya superada, y sin "garra", para atraer al hombre de hoy; este modo de proceder, es poco noble, y cuando se trata de verdades sacrosantas, de nuestra fe, las consecuencias pueden ser funestas. Al hablar del hombre de hoy, conviene distinguir entre el hombre de hoy, que conserva la fe católica, y el hombre de hoy, que, o no la tiene, o la ha perdido. El hombre de hoy, con fe íntegra, sin duda alguna, admite toda la verdad revelada, se somete de buen grado a las enseñanzas y orientaciones del Magisterio Jerárquico de la Iglesia, y con el estudio y la oración, trata de profundizar, hasta donde es posible, las verdades de la fe, que sabe, están envueltas en misteriosos velos, que, sólo en el Cielo, serán rasgados. El hombre de hoy, sin fe, ciertamente, encontrará ridículas, desfasadas, propias de culturas ya superadas, muchas o todas, las verdades que la Iglesia propone como Misterios de fe.

En la Sagrada Escritura, encontramos frecuentes referencias a la Providencia divina. En el Antiguo Testamento, se destaca esta verdad, entre otros, en el Libro de la Sabiduría, Capítulo 14. El Salterio abunda en poéticas alabanzas a Dios, que cantan la admirable Providencia con que rige el cosmos; por vía de ejemplo, entre otros muchos, los Salmos 145 y 147. El Nuevo Testamento, es más claro y explícito, sobre todo, los Santos Evangelios, que recogen detalladamente la enseñanza del Divino Maestro. San Mateo, en el Capítulo 6-25 y siguientes, de su Evangelio, expone con bellísimas imágenes, la doctrina del Señor, sobre la confianza en la Providencia divina, e insiste en el Capítulo 10-29-31, del mismo texto sagrado. El Evangelista San Lucas, en el Capítulo 12-22-32, repite las palabras del Maestro, narradas por San Mateo. El Apóstol San Pablo, también se ocupa del tema, por ejemplo, en la Epístola a los Romanos, 13-1, etc.

Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, han desarrollado con diáfana claridad, la doctrina de la Providencia con que Dios se ocupa de nosotros. San Ireneo, habla de ello, sin dejar lugar a dudas; San Agustín, con su característica profundidad, no es menos claro. El doctor Angélico, Santo Tomás, desenvuelve el pensamiento de los Padres, enriqueciéndolo con poderosas razones teológicas. La Jerarquía de la Iglesia, en el ejercicio de su Magisterio ordinario, ha sido constante, recogiendo en sus enseñanzas, no sólo la doctrina contenida en la Escritura y en la Tradición, sino el común sentir del pueblo fiel. El Concilio Vaticano I, en su tercera sesión, del 24 de abril de 1870, dice: "Ahora bien, todo lo que Dios creó, con su providencia lo conserva y gobierna, alcanzando de un confín a otro poderosamente y disponiéndolo todo suavemente. Porque todo está desnudo y patente ante sus ojos, aún lo que ha de acontecer por libre acción de las criaturas".

En la Sagrada Liturgia, también encontramos referencias a la verdad que nos ocupa. La colecta de la Misa, del domingo 8.º, "per annum", reza como sigue: "Concedemos, Señor, te suplicamos, que sea dirigido por el orden de tu providencia, el curso del mundo"... En la del 9.º domingo, "per annum", según el nuevo Misal, la colecta es del tenor siguiente: "Oh Dios, cuya providencia no se engaña en sus disposiciones, te rogamos, apartes de nosotros todo lo dañoso y nos concedas todo lo saludable"... En una de las dominicas, después de Epifanía (ahora dominicas "per annum"), pedimos: "Señor, tú sabes que somos débiles y no podemos perseverar en medio de tantos peli-

gros; danos la salud de alma y cuerpo, para vencer, con tu ayuda, los males del pecado"...

El pueblo de Dios, convencido de esta verdad, ha adoptado una actitud de filial confianza, como fácilmente se puede comprobar. La oración cristiana, que se funda en la fe, tiene, sin duda, un firme apoyo, en la creencia de que, Dios nuestro Señor, con su paternal Providencia, atiende nuestras súplicas. La oración de petición, no tiene sentido, si la providencia divina, es un mito creado por el pueblo inculto; negada esta consoladora verdad, ciertamente, no es a Dios a quien hay que acudir, en nuestras necesidades, sino a la ciencia, a la técnica, al hombre, como quieren los apóstoles de la "nueva Iglesia". La fe nos enseña, que, el Señor, que, con su Providencia gobierna el universo, no impide la actuación de las llamadas causas segundas, siempre subordinadas a la Primera causa de todo, que es Él. Estamos obligados a poner en juego nuestras posibilidades, en orden a conseguir los fines que nos proponemos; debemos tener confianza en las causas segundas, pero sin olvidar, que, todo y todos, estamos subordinados a Dios. La autonomía del orden temporal, no supone absoluta independencia como si hubiera cosa alguna creada, que pueda sustraerse al influjo conservador de su Creador.

Los Santos, nos han dejado ejemplos impresionantes de su confianza y abandono, en Dios. Eran incansables en sus obras, como si de sólo ellos, dependiera el éxito de su empresa, pero, sobre todo, acudían al Señor, con oración humilde, confiada, que, sin duda lograba su objetivo. Parece como si, el Señor, estuviera esperando aquellas muestras de fe, de amor, de total confianza en su Providencia paternal, para plegarse a los deseos de sus amigos. Sólo así, se explican, obras tan admirables como las llevadas a cabo, por un San Juan Bosco, sin una blanca; o la sierva de Dios. Juana Jugan (Sor María de la Cruz), fundadora de las Hermanitas de los Pobres, institución que parece sostenerse por puro milagro; sobre todo, destaca San Cayetano, y más aún, el Beato Cottolengo, que parece haber dejado como herencia a la Obra por él fundada, el más completo abandono a la providencia del Padre, y que subsiste con gran pujanza, sin apartarse, de lo que pudiéramos llamar su carisma peculiar: la confianza en la Providencia divina; la fidelidad a esta línea de conducta impuesta por el fundador, no sin impulso del Espíritu Santo, sostiene una Obra que, puede ser una respuesta categórica, a quienes dudan de que Dios, atiende nuestras súplicas, y se ocupa de nuestras necesidades.

Entendida la doctrina sobre la providencia divina, tal como la Iglesia católica, propone, no ofrece difi-

cultad, el hecho de la existencia del mal. Sabemos que Dios es, por esencia, el solo Santo, como es, el solo Señor, y por tanto no puede querer el mal, es decir, el pecado, ni siquiera indirectamente. Por lo mismo que es infinitamente Sabio, más aun, es la misma Sabiduría, permite el mal, sabiendo como sólo Él, sabe y puede, sacar del mal, bienes mayores. El pecado, no es, no puede ser obra de Dios, sino de la deficiencia de la voluntad humana, herida por el pecado original. Otros muchos males que aquejan a la pobre humanidad, y aún a la misma Iglesia, puede ser queridos por Dios, sin mengua de su Bondad y Sabiduría, pues no se trata del auténtico mal, que es el pecado; y pueden ser queridos, para lograr su bien universal. Puede ser un ejemplo, lo que ocurre en una operación bélica. El Alto Estado Mayor, conoce el estado de las operaciones de todas las unidades, que integran los distintos Cuerpos de Ejército; desde las alturas, va disponiendo, cuáles son los objetivos, y cuáles los movimientos tácticos a realizar. Es evidente que, en las distintas unidades, no siempre se comprenden los planes del Alto Estado Mayor, y que, a veces les parecerá desacertada, alguna de sus órdenes, que obliga a sacrificar posiciones logradas, o no atacar cuando parece conveniente; visto desde abajo, así es, pero visto desde arriba, teniendo en cuenta, el plan de campaña, en su conjunto, a veces conviene sacrificar lo menos importante, a fin de que se consigan metas más importantes, que aceleran, con ventaja, el triunfo sobre el enemigo. Es una desproporcionada comparación, pero que, nos sugiere la idea, de como Dios, dirige su plan salvífico universal, y conduce a ese fin, todas las cosas; sólo en el Cielo, contemplándole a Él, veremos, la Sabiduría de su divina estrategia, y le alabaremos eternamente por ello.

Como efecto inmediato, de este confiado abandono en manos de Dios, nace en el alma la paz. El vaivén de las cosas; la inestabilidad de las personas y de los acontecimientos, no quiebra la serenidad tranquila del corazón que se ha afirmado en Dios. Este filial abandono no paraliza nuestra actividad, y menos aun, nos reduce a un quietismo absurdo. Por el contrario, es un estímulo, por lo mismo que es fuente de paz. Los católicos, no nos hemos fabricado un Dios-explicación, ni buscamos un Dios-soporte; simplemente, adoramos al Dios trascendente, personal, encarnado en un Hombre, que, sin dejar de ser Dios, nos ha hablado de Dios y nos ha enseñado a invocarle con el nombre gratísimo de Padre. A este Padre de nuestro Señor Jesucristo, y Dios de todo consuelo, pidámosle que, envíe su Espíritu, a fin de que sea renovada la faz de la tierra.

FRAY ANTONIO DE LUGO. O. S. H.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXX

1915. - LOS DARDANELOS. LA LUCHA EN EL MAR. COMIENZA 1916

El último coletazo de la vieja “cuestión de Oriente”

En medio de una guerra soporífera, cruel, de “desgaste”, sin maniobras ni elegancias como vamos viendo fue la I Mundial, tiene lugar, en 1915 uno que, aun cuando no pasó de episodio de la misma, merece lugar especial por su significación.

Nos referimos al ataque aliado contra los Dardanelos, que, en cierta manera, puede considerarse como el “último coletazo” de la vieja cuestión de Oriente que había llenado la labor de todas las cancillerías desde el siglo XVIII, y que es, en cierto modo, el zarpazo final de la agonía del casi milenario poder otomano.

Si examinamos, con elemental estrategia, el mapa beligerante de Europa, con los Imperios Centrales y Turquía cercados virtualmente por todo el resto del mundo, contra ellos coaligado, aparece natural que las fuerzas aliadas, especialmente dominadoras de los mares, atacasen a Turquía, evidentemente — Imperio tan decadente, aun cuando dotado de soldados aguerridos —, por tratarse del punto más flaco, y con el “talón de Aquiles” que para ella representaba la siempre latente insurrección de sus muchos súbditos y regiones árabes, y, sobre todo, para establecer una comunicación naval entre los mares Mediterráneo y Negro, o sea entre las flotas anglo-francesa y rusa, al mismo tiempo que asegurar comunicaciones y abastecimiento de armamento al Imperio del Zar, en momentos de tanto apuro frente a la victoriosa ofensiva germana por tierra.

¿De quién salió la iniciativa?

Ya, entonces, ¿de Winston Churchill?

Hemos dicho “elemental estrategia”. Pero esto no siempre ha ligado de un modo demasiado absoluto con la política británica. Dejando aparte que jamás la ló-

gica fue anglosajona, existían muchos aspectos que hacían reflexionar a Inglaterra antes de acometer la empresa de forzar los Estrechos y, naturalmente, ocupar Constantinopla.

Por primera vez — esta fue la gran anomalía de la I Guerra Mundial — Inglaterra se hallaba “al otro lado de su barricada” del viejo y caduco Imperio otomano, tradicionalmente su protegido... por representar una barrera contra Rusia, la también tradicional enemiga de Inglaterra a lo largo de los siglos XVIII y sobre todo XIX en sus ambiciones de dominio asiático. Siempre Inglaterra había protegido, sin escrúpulos, al que tantos siglos había representado ser el “enemigo del nombre cristiano” y opresor de tantos míseros pueblos.

Ahora, una ofensiva victoriosa, si bien prometía la citada ocupación de Constantinopla y de los Estrechos, era con la condición de compartirlos con Rusia..., tan poderosa siempre y más cercana, y cuyas ambiciones sobre la vieja y grande Istanbul databan ya de Pedro el Grande.

Hacía falta una verdadera decisión, y un concepto realmente genial de la estrategia, para superar estos prejuicios, olvidar momentáneamente la rivalidad con Rusia — que ahora se estaba desangrando en Polonia contra Alemania, al servicio de Francia y sobre todo de Inglaterra —, y darse cuenta de que, siendo el Mediterráneo el eterno centro del Mundo, allí era donde se podía dar el definitivo golpe contra Alemania en un momento en que tenía casi al Orbe entero en jaque.

Naturalmente; no abundando los ingleses largos de alcances y capaces de sobreponerse a la rutina de sus prejuicios, se ha buscado quien pudiera ser el británico capaz de acometer la audaz decisión.

“Vox populi” señaló a Winston Churchill. Y esto nos tienta a extendernos en esta interesante digresión. Tanto más que esta cuestión ha quedado bastante olvidada. Al morir el famoso estadista hace pocos años, dentro de la apoteosis de ditirambos que le fue-

ron dedicados, creemos recordar había sido muy olvidada su actuación en la I Gran Guerra, eclipsada, naturalmente, por el furioso fragor de la suya en la II. Se loó y se cantó cuanto hizo en ésta, pero no recordamos se hablase de su iniciativa — si es que realmente fue suya — de los Dardanelos. La “Vox populi” a que nos referimos, fue, según nos parece (repetimos) recordar también que a fines de 1915 se le atribuyó la responsabilidad del fracaso, lo que parece confirmar su paternidad en este grande episodio.

Nada más lejos de nosotros que entonar himnos en loor de figura que nos es tan absolutamente antipática como la de Winston Churchill. Pero ello no obsta para que seamos imparciales y demos a cada uno lo suyo.

En aquella época de mediocridades, aun de mentalidad “victoriana”, en la política británica, como los Grey y los Asquith, no acertamos a ver a otro ministro en Albión capaz de acometer esta empresa genial. No olvidemos que, especie de “enfant terrible” en la política de los tiempos primeros de Jorge V, pese a su juventud había escalado el puesto de primer Lord del Almirantazgo, con lo que está dicho todo. Personalidad contradictoria, le vemos, realmente, capaz de toda suerte de iniciativas inesperadas, y que ponían en claro que en la sangre de Churchill había algo de americano que superaba la vieja rutina inglesa: por ejemplo, cuando, en 1913, se le ocurre llegar a lo que se llamó “vacaciones navales”, y que era un intento (frustrado) de acuerdo, que hubiera sido humano y racional, de limitación de construcciones navales en el momento de la mayor “carrera” anglo-alemana.

Más tarde, en 1940 y años sucesivos, debemos reconocer en el violento y brutal Churchill, estos mismos rasgos de genio indiscutible. Cuando, en medio de los mayores apuros y agonía de Inglaterra, no tiene el temor de desguarnecerla, y dirigir su Marina y sus fuerza al Mediterráneo, *eterno centro del mundo y teatro decisivo de todo*, y para asestar también golpes, que habían de ser definitivos, al aliado débil de Alemania: a Italia. ¿Es de extrañar que atribuyamos al que tomó estas decisiones, la de 1915 de atacar los Dardanelos?

El ataque naval a los Dardanelos

Sin gran entusiasmo, Inglaterra se lanzó a la operación. Lord Kitchener, al fin, se mostró partidario de la misma, y ofreció un ejército de 50.000 hombres. Y las flotas combinadas anglo-francesas se prestaron al intento de forzar los Dardanelos, esfuerzo que se extendió desde el 19 de febrero al 13 de marzo.

No contaban con las barreras de minas y submarinos, así como con la artillería con que los alemanes habían fortificado los Estrechos.

De otra parte, cosa muy británica, únicamente se mandaron acorazados viejos. La tradición es la tradición, e Inglaterra entonces, y luego más tarde, demostró que prefería más perder todo un país, a que le hundiesen un solo acorazado.

De toda la soberbia flota anglosajona, tan sólo, y con sustos, Albión permitió arriesgar su nuevo y flamante *Queen Elizabeth*, en aquellos momentos cabeza del grupo de “dreadnoughts” más potentes del mundo, y aun por cuanto, su formidable artillería, le permitía, impunemente, bombardear las fortalezas turcas con proyectiles que sobreolaban toda la Península de Gallipoli.

El resto de la renqueante flota combinada anglo-francesa — también Francia dirigió allí sus más “venerables” ancianos buques — intentó en vano forzar los pasos. El *Bouvet* francés, y los ingleses *Ocean* e *Irresistible* se perdieron asimismo, quedando inutilizados el *Gaulois* y el *Inflexible*. Luego, más tarde, el *Goliath*, el *Triumph* y el *Majestic*, si bien Albión se consoló: eran pura chatarra. Su moderna flota seguía, pimpante, en Scapa Flow, y la alemana, no menos brillante, embotellada. Por el momento, esto bastaba.

El ataque terrestre, su fracaso

En vista de ello, decidieron los Aliados dirigir una ofensiva por tierra, practicándose desembarcos en la extremidad de la Península, en Seddul-Bahr y en la bahía de Suvia. Amantes siempre de utilizar a sus colonos, la carne de cañón inglesa fue el naciente “AN-ZAC” (siglas de las iniciales de los cuerpos de Australia y Nueva Zelanda), al mando de generales típicamente coloniales, con mentalidad de lanceros bengalíes, como Hamilton o Munro. También desembarcaron tropas francesas. Incluso acudió personalmente Kitchener. Mas el enemigo no era precisamente el de los negros de Kartum: eran aguerridas tropas turcas, encuadradas por brillantes oficiales alemanes (una vez más Alemania había de actuar en auxilio de sus aliados), al mando de Liman von Sanders. A fines de 1915 se terminaba, tras el fracaso de un esfuerzo de muchos países, la evacuación, sin haber logrado los Aliados penetrar un metro más allá de la protección de los cañones de su flota.

Se ha dicho, con notoria exageración — pues también esta lucha en los Dardanelos, y ahora en la península de Gallipoli tuvo su carácter de batalla de

desgaste — que el mismo día en que se retiraban los Aliados, lo habían decidido hacer los turcos, y que, por unas pocas horas, éstos quedaron vencedores. Dejando aparte la hipérbola, hubo quizás algo de cierto de todo esto, en el fondo. De todos modos, este éxito germano-turco prolongó mucho la guerra en favor de Alemania. No en vano se consideró como el último “canto de cisne” del, que ya se derrumbaba, viejo Imperio otomano; un monumento, en la entrada de los Estrechos, muy visible al turista que los atraviesa, conmemora aún las gestas. En ellas se distinguió ya — buen alumno de los militares alemanes — un joven oficial que luego había de dirigir e imprimir profundo carácter a su país, restaurándole, en lo posible, de la catástrofe final: nos referimos a Atatürk.

Los Dardanelos, con su fracaso, eliminaron a Churchill de toda actividad política durante el resto de la I Gran Guerra.

Otros escenarios de la lucha en Oriente

Turquía prestaba, además, a Alemania otros y destacados servicios: en primer lugar, una amenaza latente contra el canal de Suez, al que no pudo naturalmente atacar dada la superioridad marítima aliada. Pero naturalmente inquietaba a Egipto, cuartel general británico básico del Oriente Medio.

Otro servicio, cuantitativamente mayor, sin trascendencia especial, fue el del frente del Cáucaso, donde los rusos lograron penetraciones de alguna importancia en las zonas de Erzerum y Trebisonda, pero debiendo distraer, para ello, abundantes fuerzas.

Aprovechando las circunstancias — no sin que ello provocase el recelo, natural, de Rusia — los ingleses comenzaron la invasión de su tan codiciada Mesopotamia con la conquista (al amparo de sus flotillas del Golfo Pérsico) de Basora. La progresión británica llegó hasta Kut-el-Amara, en las cercanías de Bagdad, siendo rechazados, y comenzando, a fines del 1915, un asedio a los anglosajones en retirada, que había de culminar en tragedia en el año siguiente. Entre tanto, y para atacar a Turquía, rusos e ingleses no sólo violaron, sino que virtualmente se repartieron Persia.

Todo esto preparaba, y en ello hemos de hacer especial hincapié, pues, no olvidemos, estamos en la *Teología de la Historia*, los caminos a la situación en que nos hallamos en este último tercio del siglo xx: al renacimiento del sentir de los pueblos del Islam, de los árabes, y al de su conciencia. Anulados por el oprobioso viejo imperialismo otomano, estos pueblos, atizados por la ambición de la Gran Bretaña — que

no veía, en su cortedad de alcances, que estaba trabajando por conseguir victorias pírricas —, iban adquiriendo, repitámoslo, conciencia de sí mismos. Y la Humanidad andaba.

La guerra en el mar

Y vamos a tratar, rápidamente, de uno de los temas más apasionantes, pero realmente reducido a episodios, de esta época. Ya que naturalmente intrascendentes, toda vez que, desde el primer momento, el dominio de mares y océanos estuvo absolutamente en manos de los Aliados, no registrándose en ningún momento — salvo la lucha submarina — alteración de esta situación que fuera digna de mencionarse.

Como ya era de prever, se demostró que todo el esfuerzo de Alemania de hacerse con una gran flota, había sido, no sólo inútil, sino contraproducente. En primer lugar, había originado la enemiga de Inglaterra, a la que jamás podía pensar en vencer en su propio elemento. En segundo lugar, todo cuanto a ella consagró en dinero y en hombres, se hubiera podido emplear en aumentar aún más su ejército, que tantas veces tuvo la victoria final en el fiel de la balanza.

El papel de la Marina alemana no fue brillante, por cuanto no podía serlo. Desde el primer momento quedó embotellada en sus puertos, ante la superioridad numérica del adversario (ya que no en calidad, como demostraron los contados episodios de los encuentros). Como nuestro gran Hidalgo, y su contrincante, quedaron ambos contendientes “con las espadas en alto” amenazándose mutuamente, a lo largo de toda la Gran Guerra. Para la Gran Bretaña le bastaba el dominio del mar: ello ya era bastante.

Pusieron en alto el honor alemán, sus distintos cruceros y aun, auxiliares y corsarios, que andaban por los océanos al comienzo de las hostilidades. Limitémonos aquí a citar al *Emden*: todo ello tuvo más de romántico que de eficaz.

Al robar el Japón a Alemania, en agresión injusta, las Palaos, Marianas y Carolinas, y sus concesiones en China, singularmente la de Tsing-Tao, la pequeña escuadra alemana que la guarnecía hubo de huir. En un inimaginable esfuerzo para volver a su patria, formada por los viejos cruceros acorazados *Scharnhorst* y *Gneisenau* y los dos ligeros *Dresde* y *Leipzig*, bajo el mando del almirante Conde Spee, avistó en Coronel (en las Costas de Chile) a una escuadra inglesa. Entablado combate, los alemanes hundieron los cruceros *Monmouth* y *Good Hope*. Pese a su victoria, sin elementos, sucios por tan enorme tra-

vesía, fueron alcanzados en las islas Falkland (o Malvinas) por una poderosa flota que Inglaterra mandaba en su persecución, compuesta de modernos cruceros de batalla, y que aniquilaron a los alemanes, con la excepción del *Dresde* que, de un modo inimaginable, llegó a la colonia alemana africana de Tanganika, y aún dio que hablar. En recuerdo del heroísmo citado, los alemanes, en 1936, veinte años más tarde, habían de dar los nombres de *Scharnhorst* y *Gneisenau* (de viejas resonancias prusianas anti-napoleónicas) a sus dos mejores acorazados del momento, y que también cumplieron como buenos.

El 24 de enero de 1915, una veloz escuadra alemana de cruceros de batalla, efectuando un raid contra las costas inglesas, hubo de enfrentarse con otra, superior en número (eran los mejores entre los alemanes los *Dörfflinger*, *Seidlitz* y *Moltke* y entre los ingleses los *Lyon*, *Tiger*, *Princess Roya*, etc.). Los alemanes se retiraron, perdiendo el crucero de batalla *Blucher*, el menor y menos veloz. Aquí se distinguió el almirante Beatty, cuyo acierto en la elección de las fuerzas marinas de choque hay que reconocerlo en Churchill. Pese a dicha retirada, los alemanes evidenciaron su superioridad en tiro. Fue la batalla de Dogger-Bank.

Y esto fue todo en 1915. Como había ya de evidenciarse pronto, la Gran I Guerra Mundial había de aportar, entre tantas otras cosas, la decadencia de los llamados "capital ships", que, en definitiva, no sirvieron para nada. Caían ya las viejas concepciones de las batallas navales a lo Nelson, para decirlo en alguna forma. En la II Gran Guerra Mundial, si bien, por sus circunstancias de gran movilidad, los acorazados tuvieron una mayor actuación, obraron ya siempre mediatizados por la aviación, arma que hemos visto imponerse como definitiva. Y el portaaviones ha desplazado al acorazado.

En los primeros artículos de nuestra larga serie, ya hemos evidenciado — volviendo a la explicación del embotellamiento e inacción de la flota alemana, que sólo había de tener un breve paréntesis en 1916, cuando lo de Jutlandia, de lo que D. m. hablaremos — la enorme superioridad numérica de la flota inglesa, pese

a la magnífica obra de Tirpitz, creador de la soberbia y perfecta, técnicamente, escuadra alemana, con sus buques admirablemente acorazados y su ya repetidamente citada perfección de tiro. 2.000.000 de toneladas con más de 60 acorazados por parte de Inglaterra, contra sólo 1.000.000 de toneladas y sólo unos 30 de parte de Alemania.

La guerra submarina

La conciencia de la inutilidad de la obra de Tirpitz, unida a la experiencia de los primeros meses (fue un presagio que un submarino alemán, hundiese, a fines del verano de 1914, a tres cruceros ingleses, el *Aboukir*, el *Cressy* y el *Hogue*, significativamente nombres de viejas victorias británicas), condujeron a iniciar la guerra submarina, nueva forma de bloqueo, contra la Gran Bretaña, anunciando que se torpedearían todos los buques, incluso mercantes, que a ella se dirigiesen. La decisión — 2 de febrero de 1915 — fue brutal. Por desgracia, el bloqueo aliado no era en todos sentidos más humano. De todas formas, esta iniciativa, unida al hecho de que, una de las primeras víctimas fuera, en mayo, el grande y lujoso transatlántico *Lusitania* lleno de súbditos norteamericanos, dio pie a la propaganda aliada para comenzar a ganar terreno y simpatías en los Estados Unidos. En realidad, Alemania estuvo, sobre cuestión tan discutible y cruel, durante todo el 1915 indecisa — cosa muy propia del irresoluto Kaiser Guillermo II —, hasta el punto de dimitir, y volver luego a su cargo el repetidamente citado Almirante Tirpitz. Fue en 1916 cuando ya Alemania — que había ido construyendo submarinos modernos y eficientes, de los que carecía en 1914 — se lanzó de lleno a la guerra submarina a ultranza, que, según reconocieron luego sus enemigos, estuvo muy cerca de acarrear el colapso de la Gran Bretaña. Señalemos, por tanto, otras consideraciones morales y aun militares aparte, que la aparición de la nueva arma, cambió todas las viejas técnicas de la guerra clásica naval de superficie, y preparaba una evolución más, que lo fue en todo, aportada por la I Gran Contienda.

LUIS CREUS VIDAL

Dijo en su corazón el depravado: "¡No hay Dios!" Corrompidos están, obran perversamente; no existe quien bien haga.

Sal. XIII, 1